



Prosas

Ramón López Velarde

Mundos habitados



Mirando el último eclipse de la reina de la noche, que dirían los abuelos románticos, mientras la luna recobraba con lentitud su zona iluminada, asemejándose a una dignidad eclesiástica que mitigara su faz luminosa con oscuro solideo en la cabeza astral, el espíritu dábase a gratas divagaciones estelares, no obstante lo poco que he contemplado el cielo. Me intrigaba también algo incipiente de capricho científico, no obstante mi lectura escasa, por no decir nula, de Verne. Pero ello es que el impulso interior a lo desconocido nos arrastra inevitablemente, y que de las cosas ignotas el cielo cosmográfico es lo que nos llama con voz humana, o al menos como de hombres la escuchamos, ya que de la hermosa posibilidad se habla en los libros, ya que Marte se empeña en hacérsenos sospechoso. Y bien, ¿por qué no? Aduzcan otras razones de lógica ordinaria; hablen los sabios de hipótesis admisibles en la ciencia de la naturaleza; los filósofos hablen de conveniencias ontológicas y hablen los mismos moralistas

ortodoxos empeñados en extender el número de las creaciones divinas. Yo me expreso con una razón más fácil y poderosa. ¿Cuál?, diréis. Mi cansancio incurable de lo terreno, mi aburrimiento del vulgar patrón en que están calcados los hombres, mi fastidio de la fisonomía corriente de las consabidas mujeres. Es fuerza que existan otras cosas y personas distintas más allá de la eclíptica. Cuando en la médula de las generaciones venideras se albergue, como un mal corrosivo, el fastidio heredado de los padres decadentes, los multiplicados gestos de hastío sobre el planeta monótono se trocarán en alegre expresión de los rostros al dar con la gracia de invencibles fuerzas impulsoras para los globos de la gran aventura, al descubrir un recurso para llevar atmósfera por el vacío, atmósfera que una travesura meteorológica depara al pulmón hasta el desembarque en la estrella remota. La añosa poesía de los príncipes de los cuentos que se iban a buscar esposa a desconocidos países se quedará corta ante la amable realidad. Ya no sólo el príncipe, también el villano y la clase media decorarán su vida con la expedición aérea a ciudades planetarias que tendrían bastante con su novedad para subyugar al viajero.

Todos dejarán la casa en que nacieron en el secundario cuerpo celeste; todos se despedirán de la familia consternada, y vencedores de la lluvia, del aire y del vacío, tocarán el término de su éxodo audaz en la ciudad nueva como el más original de los sueños, como el alma misma de lo imprevisto; tan nuevo que por sus calles nos consideramos indignos de andar si no nos descalzamos; que su luz nos llegue; que el idioma de sus habitantes nos deje mudos, siendo así ciegos que todo lo ven y sordos que lo oyen todo; ciudad tan nueva que cada una de sus mujeres se llame Novísima; ciudad tan nueva que el beso de sus hijas haga decir a las bocas humanas que lo reciban: ¡Oh frescura, anticipo de los ósculos eternos!; ciudad tan nueva que en ella diga el cuerpo: ¡Me han dado a luz por segunda vez!; ciudad tan nueva que el alma prorrumpa: ¡Amigo y padre Platón, acompáñame en esta metempsicosis en que el amor resucita cada momento que vive! -Los inocentes enamorados que hoy se duelen de penas del querer, de la ausencia por unas míseras leguas, deben de considerar el horror de distancias que sólo sondea la pupila telescópica. Eva en Canopo, Adán en Vega de la Lira. ¿Qué decís? -Pero a la ida corresponde el regreso. Los argonautas volverán dueños de un amor insólito encontrado en la peregrinación por los astros. Vuelto el adolescente a cualquiera de las cinco partes del mundo, presentará en la casa familiar a Novísima cuya voz es un címbalo de la gloria, su carne como de niebla, sus ojos dos lucernas mágicas y su alma océano de paz siempre nueva. Y el padre terreno, la madre y los hermanos terrenos, los consanguíneos terrenos, oirán hacer al argonauta, quién sabe si astral o terrenal, el celeste panegírico de la esposa celeste.

El Regional, Guadalajara, 20 de junio de 1909

Sonámbula

▽△

Pasas por la vida, serenamente, escudada en tu sueño...

Porque tu sueño es alto y te acoges a él como a la sombra de una mano protectora que desde el plácido firmamento se abriese sobre ti, con la solicitud con que los cálices de los floripondios se abren sobre las mariposas sedientas de miel.

Tu sueño, amiga, sonrío con la gracia pura con que en los lienzos de los pintores platónicos abren sus labios las doncellas idealizadas por la nobleza de un pincel que supo de amor.

Te envuelves en tu sueño como en un manto inconsútil cuyo poder de magia y de belleza obliga a los nardos, a las menudas margaritas y hasta a los profanos claveles a inclinarse ceremoniosamente cuando marchas entre ellos, con más rendido homenaje que el que tributaban al paso de Flora, los rosales del país de Arcadia.

Cuando en la noche bañada en fulgor lunar, cantan los pájaros de los corredores de tu casa en la fiesta de una sonora vigilia, vas contemplándolos de jaula en jaula, y en la unción parsimoniosa de tu sueño cruzas las manos sobre el pecho y, al acercarte a la madreSelva, esparce la delicia más intensa de su perfume.

El optimismo del sueño con que sueñas enciende en tus pupilas un destello de dicha íntima, y a tus condiscípulas de la infancia que con los años se han vuelto tristes, las llamas a una saludable alegría y les anuncias un futuro halagüeño, con alboradas de diafanidad, con mediodías acariciadores y con atardeceres de poema bucólico; y si hubieses leído a Teócrito (lectura que, por cierto, no te hace falta), repetirías su hermosa sentencia a tus compañeras de la niñez: «Las Horas, que los dioses han hecho tardías, ríndense al fin a nuestros deseos, y siempre traen a los mortales algún don consolador».

Y así vas, sonámbula que camina por senderos en que florece el prodigio, atravesando la tierra con el andar indescriptible de un fantasma.

Ojos de sonámbula, entrecerrados como si mirasen un gentil paisaje interior: en vano fluiría en honor vuestro el romanticismo de los madrigales, porque sólo pertenecéis a un sueño de otras vidas. Mano fina, que evocas los dedos frágiles de las infantas: no ha de esplender en ti el oro del anillo nupcial, porque tu dueña se desposó, en una tarde de graves meditaciones, con una visión de ultratumba. Cabeza esbelta, nido de generosos y sutiles pensamientos: nunca descansarán sobre tus oscuras madejas los botones de azahar, porque en una hora de primavera escuchaste la voz de una estrella remota y te abatiste bajo la fragancia de abril. Rostro en que se refleja la luz de los inextinguibles astros: no concurrirás a los regocijos del mundo, porque sólo vives para decorar el espectáculo de un ensueño extra-humano.

¿Qué miran, alma adentro, tus pupilas dormidas? Miran la perspectiva de paraísos cuyos frutos superan los fabulosos del jardín de las Hespérides; las damas de vestidos blancos, como armiño, que desfilan en las narraciones de los cuentos legendarios; los paladines sin miedo y sin tacha de las crónicas vetustas; castillos aéreos, cisnes y palomas dramáticos, panoramas de encanto, idilios patéticos... Todo lo existente engrandecido, dignificado, purificado.

Y de esta contemplación extática en que te gozas cotidianamente, ha salido tu bondad como de un crisol. Bondadosa y tierna exhala siempre de tu boca un acento caritativo para la queja de la anciana, para el llanto del niño huérfano, para el dolor del enfermo y para el lamento de los pordioseros. Por eso van contigo, formando séquito, las gratitudes lugareñas; y cuando paseas por las márgenes del río, las lavanderas te saludan con patriarcales cumplimientos en los que suena el nombre de Dios; y cuando te asomas a las rejas de madera, escuchas las bendiciones de los menesterosos a quienes

das pan; y para ti suenan los trinos de las aves errantes que hallan sustento en tus graneros, y los toques de la esquila que se compró con tu riqueza, y los acordes de la orquesta aldeana que se sostiene con la contribución de tu entusiasmo bélico.

Y vas por la vida irguiendo la frente y cruzando sobre el foco de piedad de tu pecho las blancas manos; como una sonámbula que recorre la vía florecida y aromática de un poema ideal.

La Nación, «Vidrios de colores», México, 25 de octubre de 1912

El obsequio de Ponce

▽△

Luis Ponce era un pesimista sincero. Su filosofía no era tomada de los renglones sistemáticos con que el convencionalismo de ciertos pensadores ha recargado el tono oscuro de la vida. Había deducido su pesimismo de la contemplación directa de los espectáculos del mundo, sin juicios teóricos anticipados ni fines preconcebidos, y, amorador leal de lo espontáneo, dejábase acariciar por los vientos de la prosperidad exterior, sin que juzgase quebrantada la rigidez de su doctrina, y consentía en complacerse en la onda tibia con que en el fuego interno del espíritu inunda, en ocasiones, los pensamientos, con plácido y leve misterio, sin que por ello se creyese inconsecuente con el criterio triste que, ciertamente, no tenía empeño especial en profesar. Luis Ponce era un pesimista que reía todos los días con risa franca.

Sus años eran de amor, como que andaba en la cumbre de los treinta, en la abundancia de las energías corporales, y en el cenit de la ilusión, si las ilusiones pueden calar el pecho de un soltero como Ponce, de pensamiento amargo y de tinta negra. Su amor participaba de la índole melancólica de sus ideas y se depositaba en las manos de Rosario Gil, creatura contemplativa y bondadosa sobre cuya cabeza caían ya las hojas huérfanas del otoño. Ponce encontraba en ella a la novia escogida que, por su aspecto de flor de otros mundos, invitaba a paraísos de idealidad, y que, en el cristal infantil con que sonaban sus palabras, hacía el don continuo de una brisa de paz que acallara el tumulto de las bajas pasiones. Y la amaba por su blancura pálida, que evocaba a la Renata de la novela francesa, y por el matiz de violetas difusas de sus ojeras perennes. La amaba con el sentimiento macizo del celibato que comienza a tener miedo a la chimenea sin lumbre y a los aposentos destartalados.

Pero Luis Ponce tropezaba en el programa de su dicha con un capítulo escabroso: el matrimonio. Razonador por hábito y de idiosincrasia cerebral que prevalecía sobre cualquier alboroto de la sensibilidad, él no podía, siendo pesimista, casarse, fundar un taller de sufrimiento, abrir una fuente de desgracia, instituir un vivero de infortunio, y lejos de esto, estaba resuelto a proceder con dura justicia y con lógica implacable, cegando los manantiales de vida en la parte de dominio que en ellos le correspondiese. En términos decorosos y con el estilo pintoresco y amable con que siempre hablaba a Rosario, Luis Ponce abordó la cruda cuestión:

-Tú sabes que, en la trama gris de nuestros días, el amor es el único punto de claridad que nos baña los ojos. La nobleza de tu alma y el sueño de la mía se confunden

para ir sobre el barro y la miseria del mundo como una sola ala de luz. Llevo años de contemplarte como un espectro de niebla sutil que te borrases a cada momento, como figura transparente que surgieses del crisol de las meditaciones de un místico. Es oportuno que sepas que para mí no podrás ser nunca más que una novicia que regase pétalos de austera piedad en un Zodíaco de ultratumba, sobre el que cayese, con lentitud y con gracia, el deshojamiento de los rosales eternos. En esta vida angustiosa y mezquina que nos maltrata, nada podrá haber entre nosotros más que la comunión directa de corazón a corazón. ¿Acaso tú quisieras vivir la vida como todos los que se aman?

-Yo quiero lo que tú quieras -respondió Rosario Gil sin titubear.

Ante la abnegación de aquella mujer que echaba la casa de su porvenir y la fecundidad de su sangre en el tapete de las filosofías turbias del hombre que la amaba, Luis Ponce, pesimista y soñador, saboreaba golosamente una felicidad sustanciosa y, pesimista y soñador, toda la noche estuvo arrobándose en la visión de la boca que le decía mansamente, con escondido heroísmo: «Yo quiero lo que tú quieras».

La llegada del doctor Montano a la ciudad era la nota culminante de la gacetilla de aquella mañana. Como agente de la reservada que viajara sin anunciarse, Juan Montano había descendido del ferrocarril a la primera llamada de la primera misa, entre los saludos desconcertados de los ancianos madrugadores y los comentarios inquietos de las doncellas del lugar.

Ya bien entrada la mañana, un vendedor ambulante dio el notición a Luis Ponce, en la calle, y el sincero pesimista, que gozaba particularmente con las efusiones de la amistad, obedeciendo su regla de abandonarse a lo espontáneo, se regocijó con el inesperado regreso de Juan Montano, el antiguo condiscípulo de preparatorios, que antes de cumplir dos años de médico había ya recorrido las principales clínicas europeas, en gira de perfeccionamiento. Muy bien se acordaba de Montano, con su rostro sanguíneo, su estatura pequeña, su alegría estrepitosa, su hablar fácil y deshilvanado y su carencia de ideas transcendentales. Pensando en el camarada de las aulas, volvió Luis Ponce a su casa y no tenía en ella media hora cuando Juan Montano en persona, colándose por zaguán, corredores, sala y recámaras como por tierra conquistada, entró súbitamente al escritorio de su colega de la primera juventud. Hubo abrazos y saludos cordiales.

-Pero, hombre, ¿qué aparición es ésta?

-Ya me conoces, yo soy así... Mañana es mi cumpleaños y quise estar aquí desde la víspera... Desde las vacaciones de tercer año de Medicina no había vuelto al solar paterno... Y agradéceme la visita, Ponce; eres el primero que busco... Y eso que apenas me he sacudido el polvo... Ya me conoces...

-Y ¿cuánto estarás entre nosotros?

-No sé; depende del negocio que traigo...

-¿Qué negocio, Montano?

-Sencillamente, casarme... No te asustes; ya me conoces.

-¿Casarte tú, que tendrás experiencia, que te guiarás por el cerebro?

-El cerebro sólo da malos ratos... Casarse es sencillo, como todo... A mí no me espanta... Yo no me enredo en historias metafísicas que lo vuelven a uno desabrido y seriote, como te han vuelto a ti... Me he divertido algo, no mucho, y quiero reposo... Además, voy a trabajar en forma, y estando casado lo haré con mejor éxito... El cerebro sólo da malos ratos... Ya me conoces...

El doctor Montano dialogaba con voz fuerte, un tanto chillona, y al accionar movía los brazos en una igualdad simétrica. Subrayaba el estribillo de su conversación con una sonrisa de satisfecha vanidad.

-Pero ¿quién es la dama? -interrogó Luis Ponce, con benévolo aire zumbón.

-Rosario Gil... Ya veo que te sorprendes... Es natural, sabiendo que no es mi novia te confundes... Pero es que he pensado las cosas a mi modo... Ya me conoces... Mañana que es mi cumpleaños voy a proponerla que se case conmigo... Así, sin más rodeos... Nos conocemos desde chiquillos y ella es buena y hermosa... Creo que mi elección es acertada...

Luis Ponce asintió con la cabeza, desfallecido sobre el respaldo del sillón. Su primer impulso había sido de cólera contra el ladrón sonriente que lo despojaba de su tesoro más íntimo, contra el malhechor pulido y agradable que le asestaba un golpe cruel, contra el salteador de su ventura que aparecía, por fatal sorpresa, en su sendero de idilio, para separarlo de los brazos de su amada. El doctor Montano, con toda su pulcritud exterior, había venido con la llaneza de sus ideas y con su grosero sentir a volcar de un puntapié el vaso en que el adorador de Rosario Gil creía beber la escasa bondad humana.

Apagado el aliento de la ira en el organismo de Luis Ponce, se levantó inmediatamente en él, poseyéndolo de un modo entero, el egoísmo, dominante y calculador. Podía él, con la revelación brusca de su noviazgo, cortar intempestivamente los propósitos de Juan Montano, caballeroso en su vulgaridad, y que, con saber lo que ignoraba, desistiría para siempre de su peregrino proyecto. Pero un movimiento instintivo, que hasta después logró definir, lo mantuvo callado.

Quedó, por fin, bajo el imperio frío de la razón y se aquietó al extremo de poder bromear a su amigo que, despidiéndose, le decía al trasponer la puerta:

-Espero tu obsequio mañana, sin falta...

La herida había sido profunda y manaba copiosamente. Luis Ponce se sentía, en las intimidades de su ser moral, bañado en sangre. La mecánica de sus sentimientos, aunque se agitaba con furia, estaba regida por la reflexión, como por una soberana impassible. El análisis también lo torturaba, apretándole sin compasión contra las asperezas de la realidad. Viéndose acosado por la severidad de su propio criterio, llegó a apetecer que fuese exacta la opinión del doctor Montano... ¡Si, como él repetía, el cerebro sólo sirviese para dar malos ratos! Mas, al llegar a esta encrucijada de sus

cavilaciones, comprendió que el desamparo lo volvía cobarde hasta querer abdicar de su entendimiento, y bajó, en un impulso de amor propio, a la sima lóbrega en que se desenvolvía su drama psicológico.

Si sólo estuviese interesada la felicidad de Juan Montano, en aquel conflicto malhadado, pasaría sobre ella como sobre una hojarasca. ¡Buen lobo carnicero era él para mirar dónde pisaba al atropellar a los vencidos! Pero ante la felicidad posible de Rosario Gil, era debido, era justo, meditar con sosiego.

Su novia se sometía a la perpetuidad del noviazgo... Así se lo había protestado con firme ternura. Para ella el matrimonio era un desenlace indiferente, al que había renunciado libre y gustosa, porque prefería, seguramente, las mieles efectivas de una devoción ya comprobada a la perspectiva de unas nupcias de conveniencia. Ningún trovador, pues, la tentaría, aunque se le presentase con el cura de un brazo y el juez del Estado Civil del otro. ¿Qué tenía, entonces, que ofrecer el atolondrado médico, que no fuese impertinente y despreciable?

Pero, al discurrir así, abandonaba pronto el rumbo tranquilizador en que se engrería su conciencia. Según Luis Ponce, la conducta de la mujer, la de Rosario misma, era exclusivamente ocasional, y de este modo ella le había sacrificado, en ocasión de cariño, sus instintos maternales; pero él, cerebral ante todo, debía elevar su análisis por encima de lo contingente y de lo casuístico para resolver que ninguna diferencia fundamental apartaba a Rosario Gil de la legión femenina que prefiere un mediano marido a un excelente novio, cuya mejor prenda es nada menos que lo crónico de su noviazgo. Al hacerse blanco de sus propias ironías, Luis Ponce desataba el efímero vínculo de las efímeras palabras con que Rosario Gil se había unido a él, renunciando al porvenir, y la entregaba, con velos color de nieve y olorosa a azahar, en los brazos de Juan Montano, para que en una espléndida mañana de epitalamio se encerrasen en el cubo sombrío y asfixiante de la torre de la fecundidad, donde Rosario, como todas, multiplicaría los ayes y las blasfemias de la estirpe de Caín.

Con una lucidez firme comprendía el atormentado solterón su resistencia, hasta entonces no explicada, a revelar su noviazgo al doctor Montano: era el respeto instintivo a un derecho sagrado, al derecho de Rosario Gil para perseguir la felicidad por el camino que mejor quisiese. Él, Luis Ponce, no podía interponerse entre su novia y su discípulo, para frustrar un matrimonio, defendiendo un vano coloquio sin frutos exteriores, un poema en cuya prolongación Rosario Gil envejecía, como una rosa de claustro que se marchitase en un afán ultraterreno. Ciertamente, la amada era feliz con el recreo sentimental en que se complacía como en un ejercicio superior, con el trato ideal en que cosechaba nobles emociones; pero tal vez su dicha fuera más cómoda y más grata si en lugar de permanecer absorbida por una gimnasia prácticamente estéril, consagrara sus días a la vigilancia del fuego del hogar, bajo el techo de un hombre cualquiera, buen animal, más bueno de lo que manda el positivismo.

Hasta entonces, Rosario Gil había recorrido, del brazo de su amante, senderos de edén y florestas inmortales; con su amante había compartido la embriaguez de los éxtasis; con él había suspirado, viendo dibujarse sobre la inquietud de las nubes los vuelos de las aves locas; y con él se había sentado en el borde de un astro, para sumergirse en el silencio; mas ella podía descender a la tierra enemiga prosaicamente, sin ninguna vibración de alma, sin ningún sueño que la transfigurase.

Sí, él debía dejar el campo expedito para que la dulce amiga, la creatura predilecta, saliese del retiro milagroso en que era reverenciada por una emoción perenne; él debía apartarse para que ella, pálida como Renata y leve como las vírgenes de las estampas, guiada por un hombrecillo al uso, marchase a presidir una casa en que su ternura de sentimiento y su delicadeza de ideas fracasarían al contacto de un marido grosero y obtuso; él debía desaparecer para que su novia otoñal se inmolasen en las aras fértiles del himeneo, pagando su contribución de sangre, de tortura y de desencanto. Nada importaba que esa inmolación fuese, más que una obra benemérita, una obra ciega, si la amada prefería descubrir la primera cana y la primera arruga ante su espejo de matrona a descubrirlas ante su espejo de vestal. La fuga del tiempo era inapelable, y el tiempo no consentía más episodios de romanticismo pueril, más nombres grabados en el tronco de los árboles solariegos, más diálogos en las noches enlunadas, más iniciales sobre el vaho de las vidrieras en las tardes de lluvia, más cartas de vacuidad retórica.

Luis Ponce quería cumplir con su deber, aunque no por virtud, sino por justificarse a sus propios ojos. Y al afirmar su resolución, sentía que algo esencial moría, sin esperanza de resurrección, dentro de él; que en lo sucesivo, más que nunca la vida se le presentaría como un drama necio, como una agitación absurda; y que sus hábitos de desprecio irónico serían impotentes para refrigerarlo con un poco de paz. Puso fin a la actividad de su cerebro y se sentó frente a su mesa a redactar la siguiente carta para el doctor Montano: «Amigo Juan: Rosario Gil deja de ser mi novia en el momento en que escribo estas líneas, porque quiero que esté libre desde antes de que te dirijas a ella. Esta carta es el obsequio que te envío en tu cumpleaños, y que será en vano que rechaces». Después apartó el papel, soltó la pluma y escondiendo la cabeza entre los brazos, prorrumpió en sollozos, como un estudiantino de gramática.

5 de agosto de 1913, *El Mundo Ilustrado*, México, 12 de octubre de 1913

Hoja de otoño

▽△

Leve como una virgen de las que ilustran los márgenes de los viejos misales, pasas con la gravedad de tus treinta años, dejando caer en los labios exangües ora una buena sonrisa, ora una buena palabra. Tu palidez y tu melancolía son las mismas de la Renata que suspira, llora y muere en las páginas de la novela francesa.

Amas y eres amada... Pero ¿acaso vives feliz? Seguramente no. Tu sueño es alto y fúlgido como una constelación, y para mirarlo y abismarte en él vas arrastrándote sobre rocas inclementes, pisando sobre senderos prosaicos y dejando la cauda nívea de tu traje en las espinas con que la vida diaria te maltrata. Tu sueño es alto y fúlgido como una constelación, pero vas estrechando contra tu pecho la hostia de una quimera en tanto que la realidad impía te agobia como agobió a los niños y a las doncellas mártires.

¡Pobre hoja de otoño! Todos te miran atravesar la oscuridad de la selva y la desolación de los campos, sin que ninguno experimente una efusión sentimental, sin que ninguno vaya a aligerarte el peso de los días grises y torvos de la primera cana que ha plateado tus rizos de leyenda, un poco más arriba de la frente; sólo yo busco tus huellas como una ruta de bendición y de salud.

Mi soledad persigue la tuya inútilmente. En la fría austeridad de tu casa suspiras sin que yo recoja tu suspiro; cantas sin que los ágiles trinos, que se desmayan con un hechizo de languidez, hagan dentro de mí un milagro de armonía; y rezas, con las manos cruzadas sobre el raso sombrío del reclinatorio, como dos lirios en un rincón de lóbreguez, sin que yo mire cómo alzan el vuelo las plegarias.

No llores el fracaso de tu desconocida existencia; la vida es efímera, más que tú misma, pobre hoja de otoño, y Renata se extravió lamentablemente al decorar con el prestigio fundamental de su tristeza los episodios contingentes de la miseria humana. Vale más una lágrima de Penélope que todas las desgracias de Ulises y un suspiro de Julieta es excesivo para las penas de Romeo.

Seguirás rodando, hoja de otoño, y contigo rodará mi infortunio sobre las alas del mismo viento de inquietud. Vayamos sobre el río sordo de la muerte, sobre la misma ola negra, sin dolor y sin miedo, que la luz elísea de ultratumba compensa de las tinieblas del planeta, y todas las angustias que se debaten sobre el polvo ascienden, al fin, a la gloria de un Zodíaco eterno.

Hoja de otoño, abracémonos en la sombra para conseguir un poco de paz y navegar por la atmósfera sutil, hacia los astros seculares...

El Eco de San Luis, San Luis Potosí, 31 de agosto de 1913

Hacia la luz...

▽△

Para una enferma

Te hablo de amor y sonrías... pero sonrías con la melancolía de la que sabe que no puede entrar con pie ágil y espíritu gozoso en la barca que se mece sobre el espejo del mar... ¡pobre Alma! Sonrías ante el fervor de mis palabras como diciéndome: No puedo, estoy enferma.

Piensas que es lamentable que yo vibre de pasión por tus pálidas manos y tu pálida frente, si tus manos están más cerca de la sombra de la tumba que del anillo nupcial, y si tu frente ha de recibir el contacto de los gusanos en vez del de la corona de azahar. Juzgas que te invito a una loca fiesta de amor para que tu corazón palpite como un péndulo precipitado, cuando una sacudida brusca de la noble entraña te mataría. Consideras que es triste que yo quiera llevarte por senderos de idilio, con flores aromáticas y pájaros cantores, cuando comienzas a avanzar con rumbo a la muerte, como si caminases por la ruta desolada a cuyo fin está el patíbulo...

¡Mas cuánto yerras, Amor! Sí, es cierto, ya lo sé... Estás enferma y en riesgo de morir. El corazón que se ha estremecido por mí, pictórico de ternura, no funciona bien. El médico uncioso que juntó su cabeza a tu pecho para oír el ritmo con que se agita la entraña enamorada, descubrió que es insuficiente para dar salida al caudal de sangre generosa. ¡Gracioso simbolismo el de tu enfermedad! Eres un vaso frágil en que ni la

sangre ni el amor pueden contenerse, ¡pobrecilla urna que te rompes al dilatarse el tesoro que encierras!

Sí, estás enferma... probablemente se agravará tu mal y morirás; pero ¿acaso he creído, al soñar con tu garganta de nieve, que será eterna? Yo adoro tu cuerpo por ser la envoltura gentil de tu alma.

Si mañana tu alma se liberta, mi amor perdurará sobre el pecho y las manos y los ojos adorados que se pudran en la tiniebla húmeda del ataúd, y aguardaré la hora de mi liberación para ir contigo. Y nuestras almas, medidas por un soplo de otros mundos, se columpiarán libando la esencia de la misma flor inmortal como dos mariposas diáfanas...

Presiento la catástrofe.

Despertarás una mañana gris, creyendo oler en tu lecho un vaho de tumba, un hálito rancio. Afuera, la llovizna caerá en el patio. Te sentirás triste y sofocada. En tus ojeras habrá la sombra de la agonía, y pensarás en mí y te sentirás cada vez más sofocada. La muerte entrará a la alcoba, haciendo sonar sus articulaciones descarnadas, con un ruido de goznes viejos. Llegándose a tu lecho, apoyará sus puños glaciales y sarmentosos sobre tu corazón, hasta asfixiarte. Darás un grito, la noble entraña se agitará por última vez como bestezuela oprimida y sobre el lecho habrá un cadáver.

Mas... ¿qué importa? Una fosa es lo mismo que una cuna. Morirnos es ir hacia la luz. Cuando el oro oscuro de tu cabellera y tus manos vírgenes y tu boca poética y tu blanco pecho no sean más que un despojo helado, más que la desolación de una rosa difunta, bogarás por el éter luminoso, como una alma de selección.

Amada: la barca va y viene sobre el lomo inquieto del mar... Tripulemos en ella. Si la fatiga te agobia, te llevaré del brazo a la barca. ¿Ves? Ya estamos sobre el enorme espejo, que se divierte bordando espuma. Remamos, con el abismo debajo de nosotros. Nuestro amor sabe remar, como los paganos que ofrecían sacrificios a Neptuno. De súbito, el cielo se encapota, el relámpago amarillea en el horizonte, el monstruo ruge por sacudirnos de su lomo encrespado. Una ola negra se mira venir. No tiembles, Amada. La ola negra, gigantesca, se tragará la barca; nos dormiremos en el océano pavoroso, para despertar en los Campos Elíseos. En la luz...

Tristán

El Eco de San Luis, San Luis Potosí, 3 de septiembre de 1913

La viajera

▽△

Tuve ayer un agradable encuentro: vi en la calle a una lejana amiga de la infancia con la que no hablaba desde los días en que aprendimos juntos el alfabeto, la suma y la

resta, el Catecismo y los nombres de algunas estrellas que, al atardecer, buscábamos en el alto cielo, desde el jardín que olía a naranjos...

Me saludó con mano efusiva y en el mismo tono cordial con que me narraba antaño cuentos de fantástica bondad; niños perdidos en el bosque, hadas protectoras, encantamientos de princesas reales... Pero hubo un pormenor que me dolió, adentro, muy adentro. Lo confieso con humildad. Ciertamente que la amable viajera me hizo, como en la alborada de la niñez, la gracia de su sonrisa ideal, como sonrisa de otros mundos; cierto que no me negó la caricia de sus ojos húmedos, que esplenden con el fulgor casto de siempre; cierto que su mano se me tendió amistosa, sin retraimientos; pero, con sorpresa de mi corazón y de mis oídos, se me ha hablado de *usted*. Ya no quiere tutearme. No lo cree decoroso. Ella ha crecido, lleva la falda larga y su cabeza se ha vuelto grave, como de mujer... Tiene razón, al fin, pero me duele su actitud ceremoniosa, de la que me quejo sinceramente, ante Ella misma...

Tú, que eres un vaso de bondad, has sido mala conmigo. Al cambiar la fórmula de nuestro antiguo trato me aproximé a los extraños que ni estudiaron contigo, en la misma banca de la misma escuela, ni corrieron contigo bajo la fronda de los árboles solariegos, ni oyeron sonar tu risa candida. Tentado me he visto a acudir a los olvidados madrigales para lamentar las exigencias de la edad. Tu padre, el médico achacoso y enjuto de nuestro pueblo, no te habría reñido si me hubieses saludado con el monosílabo familiar del tiempo ido, en que jugábamos fraternalmente. Ahora, quizá contra tu voluntad, me alejas un poco de ti al sonar en tus labios el árido, *usted*. Un alejamiento más... Así van las horas, en su fuga que arrastra los meses y los años, haciendo el vacío, en torno nuestro, secando las nobles emociones, volviendo adustas las palabras cordiales.

Más, poniendo fin a esta querrela, voy a decirte que era mejor que no viajaras, que te quedaras sin ver las lamentables ciudades en que se enlazan el mal y la tristeza, que no salieras, rosa fragante y casta, del rincón provinciano en que germinan tus siete virtudes con un prestigio de santidad y con un decoro poético.

Bien estás en la soledad, alma silenciosa que escuchas atentamente las voces de tu paraíso interior. Bien estás en la paz, alma quieta que desconoces el impulso de las bajas pasiones. Me da pena mirarte, virgen diáfana, llevando tu veste (que es pura como el más puro de tus trajes de niña) sobre el barro de las metrópolis. Si no se ofendiesen tus oídos, te diría que el lodo que miras en el arroyo no es el más sucio que mancha la ciudad. Los jovencuelos relamidos y de pulcro exterior que van y vienen son indignos de mirarte, lirio de salud. Aquí, en medio de las exhibiciones lujosas con que se entretiene tu ingenuidad, hay feas llagas. Se quedó muy lejos tu provincia inundada de sol, con sus vejez austeras, con sus juventudes vigorosas, con sus pájaros joviales y con la armonía de sus locas esquilas.

Una vez escribí para una paisana tuya esta décima:

Por las tapias, la verdura
del jazmín cuelga a la calle
y respira todo el valle
melancólica ternura.

Aromarán la frescura
de tus carrillos sedeños
los jardines lugareños,
y en las azules mañanas
llegarán a tus ventanas,
en enjambre, los ensueños.

Esta región arcádica te reclama. Eres su hija predilecta y no se resigna a tu ausencia. Vuélvete al terruño. Las violetas, hermanas tuyas, se asomarán entre las hojas menudas y rastreras para verte llegar...

En ti permanece la niña a pesar de tu opima juventud.

Veinte veces ha volcado la primavera su cesto florido a tus plantas y sigues siendo la chiquilla que no piensa en los dones de mayo sino para cubrir el altar parroquial; veinte veces se ha deshojado el otoño sobre tu cabeza y ni un soplo de desilusión ha agitado los rizos castaños de tu frente, y así el milagro de tu existencia consiste en conservar el espíritu recién nacido, ajeno a las acechanzas del mal y a las inclemencias del dolor.

Tristán

El Eco de San Luis, San Luis Potosí, 6 de octubre de 1913

Las horas

▽△

El tiempo no puede ser contigo cruel. Pensando en ti, se comprende la benignidad y la gracia con que concibió el tiempo quien lo personificó en un coro de doncellas, blancas y leves, que danzan con ritmo ideal. Así es como las Horas, girando en torno tuyo, deshojaron sobre tu cuna, con sus dedos rosados, las mágicas flores con que las Hadas madrinas regalan a las princesas recién nacidas. Así es como las Horas, siempre benévolas, recogieron tu pelo de oro oscuro sobre la nuca de nieve, en el amanecer de tu adolescencia. Así es como las Horas, en el apogeo de la juventud, te dieron esperanzas e inundaron de luz tus pupilas. Así es como las Horas, hoy que tus treinta años marchan melancólicamente pisando las hojas secas, te otorgan el prestigio de una declinación milagrosa. Porque tú declinas sugestivamente, como un lirio que se doblega al sonar el Ángelus. Como la luna que se baña en el río. Como un lamento de niña que se muere...

No podemos quejarnos del tiempo, amiga otoñal. Él nos ha concedido cuanto ha podido concedernos. Muchas veces las campanadas del reloj familiar (que trabajosamente desenreda su cuerda en la sala de tu casa) han solemnizado momentos de dicha. ¿A qué evocar las glorias difuntas, si aún la sangre nos golpea las sienes y si

todavía nuestros corazones no se cansan de soñar? Dejemos en la pacífica lobreguez de las cosas pretéritas el minuto en que la fantasía ardorosa murmuraba a mi oído: «¡Tú la quieres!», y en que pensabas: «¿Yo puedo amarlo?», y en que el reloj se burlaba: tic, tac; tic, tac... No saquemos de su fosa el instante en que mi confesión de amor cayó a tus plantas con mansedumbre, como una flecha que se rompe antes de herir, y en que tú sonreías y en que el reloj, burlándose, alternaba en nuestro diálogo: tic, tac; tic, tac... No exhumemos la fecha en que con palabras entusiastas y ánimo pueril edificábamos la torre de nuestra quimera, mientras el reloj, oyéndonos hablar de un futuro de miel y perfume, insistía en burlarse: tic, tac; tic, tac... No vivamos del pasado si todavía podemos juntar nuestras bocas al borde de la copa de la felicidad. Aún somos capaces de vivir de néctar, como las mariposas que France pone por modelos a la humanidad mercantilista y enferma.

Sí, soñemos y embriaguémonos con un licor inmortal. Propicia es la noche: riega la luna su plata difusa, sobre jardines encantados y casas que duermen; las estrellas se envuelven en una nubecilla transparente, como perlas en un velo fantástico; hay senderos en que el aroma que dejan caer los cálices invertidos de los floripondios merece ser aspirado por Julieta; los naranjos nupciales, constelados de azahar, son discretos y pueden oír, sin que su fronda se ría, las más desmayadas quejas de amor, los panegíricos fervientes, los juramentos hiperbólicos; las brisas nocturnas soplan como en un poema; un ruiseñor preludia, a lo lejos, una canción... Señorita, ¿quiere usted ir de mi brazo, para decirla unas cuantas locuras en voz baja?

La noche de noviazgo ha tenido la culpa de mi digresión. Vuelvo a discurrir sobre el tiempo para hacerte, dulce amiga, una confidencia: óyeme, que la confidencia se refiere a ti. Quiero decirte que aunque las Horas, hasta hoy, han sido contigo buenas con bondad de hermanas, temo que pronto, cuando tras tu primera cana vengan otras, y otras, el tiempo se te torne enemigo y pretenda el fracaso de tu belleza. Si la grave madurez de tu otoño pierde el hechizo de su melancolía de lirio, de luna y de lamento de niña, y quedas convertida en una flor mustia, quizá dudes de mi devoción perenne. Pero no te aflijas, Alma. Si las excelencias del cuerpo se van, lloreemoslas, sí, pero con resignación veamos su fuga al foso negro que engulle la carne marchita. Nos queda lo mejor. Lo incorruptible. Lo eterno. No me abandonará la fragancia de tu espíritu diáfano, que bulle gentilmente, contenido en la arcilla deleznable. Lleguemos a viejos con la misma riqueza de emociones del día en que nacimos al amor.

Anticipémonos a contemplar cómo se desarrolla el último capítulo de nuestras vidas paralelas. No te dé miedo.

La tarde es húmeda. Por la ventana abierta, miramos cómo la ventisca de diciembre dificulta el vuelo de los pájaros montaraces, a lo largo de la llanura, y agobia los arbustos, y hace sonar las esquilas del campanario, que tiene un capuchón de nieve. Un mugido nos llega de la montaña, con la aguda expresión del dolor de las bestias. Un pastor que tiembla, mal vestido, guía unos corderos que balan de frío. Invaden el firmamento nubes de plomo, en las que el relámpago serpea. El reloj ha interrumpido su tic tac. Nuestras voces son huecas. Alguien nos llama. Las Horas, antes alegres y con velos blancos, se nos aparecen cubiertas de negro. Nos arrastran con sus manos huesosas y nos embarcamos en el río sordo y lúgubre.

Tristán

En soledad

Iba enlutada y sola, por la banqueta de las casas consistoriales, y el grito del centinela resonaba en la noche con eco lúgubre, y los faroles antiguos iluminaban la cabeza de la amable provinciana... Es un gran recuerdo. Regresaba yo al terruño, a la ciudad pintoresca cuyos muros abrigan a la mujer alta y pálida que el corazón prefiere. Ya anochecido, salí de la casa de los abuelos a vagar por el jardín que perfuman los naranjos y en el que los rosales se cuajan en un florecer desbordante, como si se cubriesen con amplios linos extendidos sobre la tiniebla del follaje. Frente al jardín está la cárcel con su centinela y sus faroles. Y aspirando yo los azahares nupciales y deleitándome con un piano que sonaba no sé en dónde, la vi venir con su luto poema y su frente blanca y su estatura eminente, bajo la luz mortecina de los faroles. Las campanadas del reloj eclesiástico caían sobre las piedras de la calle desierta, por la que iba la amada provinciana sin un chiquillo de la mano, sin una amiga del brazo, sola como un fantasma. ¡Alerta!, gritó el centinela, con voz rutinaria, y alerta estaba el viejo amor, extendiéndose, extendiéndose sobre la banqueta de las casas consistoriales, como una alfombra romántica, para que Ella pasase enlutada y sola... ¡Oh recuerdo, embriágame!

La soledad en que vives tiene un prestigio singular. Estás sola en tu casa como en mi mismo corazón. Eres única siempre; única fuera de mí, única dentro de mí. Bien sé que cuando la visito, tu sola alma es la que trasciende como una esencia sutil en el corredor en que los canarios alborotan, en la sala, en la alcoba, en el patio con los árboles...

En los momentos en que piensas en mí, la soledad será propicia a la emoción, y mi imagen avasallará todo tu ser, como se avasalla la conciencia cándida de una niña; y tus suspiros serán plenamente míos y tu vibración sentimental íntegra será para mí.

Sin el auxilio de la soledad yo no podría absorberte. Porque si contigo crecieran hermanas, el coro de sus risas te distraería de la meditación. Tal vez entonces no te arrancase lágrimas contemplar al pilluelo que en una tarde de lluvia toca la vidriera pidiendo limosna. Quizá entonces no te invadirían sombras de tristeza ante los pequeños infortunios: una planta que se seca, un canario que amanece muerto, una paloma que vuelve con un ala herida...

La soledad es gemela del silencio y también el silencio te educa, porque el encerrarte dentro de él como en una esfera de oro, se afina tu espíritu.

Envuelta en el silencio comprendes el sentido oculto del temblor de las frondas y de las cintilaciones de las estrellas, y abismada en la soledad descubres el afán hondo con que se desborda la sangre en la entraña noble que palpita por mí.

Meritoria vida es la tuya, flor de provincia.

Despiertas con el alba, y vas por la calle cuando la algarabía de los nidos alterna con los acentos ladinos de las esquilas (y los pájaros mozos te saludan, y las rosas te dan su incienso fragante de la mañana); pules las macetas, cuidas a los pájaros y haces labor en la rueca sin que Fausto te importune. Rezas como una novicia experta en la contemplación, y trabajas como una doncella diligente. Extática y laboriosa, me consagras el tesoro de tus sueños. Eres gallarda, activa y amable como una torcaz.

Vuelo a mi recuerdo... Por la banqueta de las casas consistoriales, bajo la luz mortecina de los faroles, mientras perfumaba el azahar, ibas enlutada y sola...

Tristán

El Eco de San Luis, San Luis Potosí, 27 de octubre de 1913

Don de febrero

▽△

Soy deudor a febrero de un singular espectáculo: el de una alma femenina que, frente a mi isla de meditación, sufre los embates de locos vientos, sobre el mar, sobre las selvas, muy arriba...

Y tal espectáculo me reconcilia con el pobre febrero, mes equívoco que se disputan la persistencia de la nieve y el asomar de las rosas. Febrero me es grato por la primera vez.

Esta mujer, cuya alma se sacude en un torbellino superior, escribe con una despreocupación familiar que desdeña las retóricas y con una alteza de visionaria. Sus manuscritos revelan, desde la primera línea, un anhelo despótico de cosas perennes y una fiera intensidad. Escribe, con mayúsculas absolutistas, Verdad y Vida. Se va de la tierra en fugas de éxtasis y, suspendida en el azul cenit, las tardes se fatigan mirándola vibrar en apetitos sobrehumanos, angustiarse por el sumo saber y torturarse con una tortura cósmica. Yo la tendría por una infanta medioeval si no hiciesen contraste con su severidad aristotélica una inquietud contemporánea y un panteísmo prolijo.

No sé por qué amable fatalismo me ha concedido febrero el don de distinguir, desde mi isla de rumores iniciales, sobrias fuentes y arboleda parca, el alma que, como un punto de plata náufrago en la inmensidad vespertina, es llevada y traída por vientos contrarios, y que paga así su afán mitológico de enclavarse en el Zodíaco, igualando la soberanía del León o la radiosa compostura de la Virgen. No sé cómo la niebla de mi meditación, eficaz para arropar la colina, el agua y la arboleda insulares, no lo ha sido para impedirme ver el alma femenina que, sobre el océano, se desgarraba queriendo hallar la síntesis del pensamiento y la cifra de la pasión, para sustentarlas, sobre su mano morena y pálida, como joyas gemelas.

Sólo sé que estas horas de febrero en que los dioses, indulgentes o irónicos, me otorgan mirar cómo sangra un espíritu en las alturas, son horas que se irisan con un matiz sentimental, con el rosado matiz que la gota de sangre de un ideal martirio, al ir cayendo, diluyese en la atmósfera. Y en esta atmósfera me recojo, como dentro de una

vasta piedra preciosa, a gustar, con la emoción de los primeros simbolistas, el acto escénico de la doncella del cenit.

Si no temiera que alguna gaviota me comentase con un grito cómico, yo diría a la doncella del cenit, entre galante y doctoral: «Frente alucinada, pupila fantasmagórica, rostro desteñido en tenaces desvelos, corazón pávido: la sabiduría no es para nosotros un hallazgo, sino una fatalidad; lo eterno, sin que lo persigas, vendrá sobre ti. Saborea con quietud la uva de cada momento, sin cuidarte de las viñas bíblicas ni de los racimos ontológicos. Abandona la eminencia vertiginosa en que sangras y gimes, y si quieres seguir copiándote en un espejo de agua, descende a sentarte en el brocal de un pozo de provincia. Estos pozos provincianos han reproducido, en su fondo de paz y de refrigerio, el peinado de tirabuzones de nuestras abuelas, los ojos curiosos de los rapaces, los cuellos de los corceles favoritos sueltos en el patio, el cántaro con su cuerda, la maceta con sus tallos curvos y sus flores invertidas... Generaciones y generaciones de mujeres sencillas han mantenido su equilibrio interior escuchando el consuelo de cristal y la promesa fluida que suben de un pozo».

Pero mi voz ni siquiera llegará a Ella, y desde mi isla meditativa, la miraría perderse en un huracán de metafísica, sobre la selva erizada y el ponto bravío.

28 de febrero de 1915

Clara Nevares

▽△

Ocho de diciembre... Día como un listón blanco y azul en la vida de Clara Nevares... Misa de Inmaculada... Templos fríos...

Tales fueron mis primeros pensamientos al despertar en la fecha apuntada. Hay una Clara Nevares en todas las cabeceras importantes de todas las regiones. Decid Tepatitlán, Fresnillo, Matehuala o Coatepec. Lo mismo da. La Clara de mi crónica, amada hace lustros por mi niñez lírica y boba, va hoy viviendo los años de abdicación en que las mujeres nada esperan ni nada quieren del hombre, y en que, para conservarse bellas, necesitan ser adoradas, según descubrimiento de no sé qué parisiense, de estos que escriben para la perdición de las almas.

La fatalidad nos separó, es cierto; pero yo he pensado en Ella diciendo en un monólogo interior, sobre el lecho de mi pereza:

«Día ocho de diciembre... Ella habrá madrugado, lavándose, con agilidad de paloma, brazos, cuello y rostro. Vestida de negro, habrá dirigiéndose a la parroquia, pasando por la panadería, por la panadería fecunda, con su buen olor goloso; habrá atravesado la Plaza de Armas, todavía en sombras; habrá cortado el portal, habrá seguido por la calle en que se ve una placa de mármol, conmemorativa de la estancia en el pueblo de un personaje sospechoso, allá por 1859 o 1863; habrá mirado al sereno sobre una escalera, en la mitad del arroyo, apagando la mecha de un farol; y habrá entrado en la parroquia. En las naves, irrumpirá la iniciativa gozosa de una orquesta y se oirán canarios que exhiben en su plumaje desde un verde tierno de lechuga hasta el

amarillo intenso de las onzas que se acaban de troquelar. Ella ha estado hincada cerca del púlpito, y después del ofertorio ha recordado que lejos, demasiado lejos, hay una tristeza que la quiere, y se ha dicho: "Ofreceré la comunión por él". ¡Oh, cielos, mi vida tiene una clave y un fin, pues hay un pecho limpio que comulga por mí! Se ha persignado para salir de la parroquia. Ha emprendido la vuelta a su casa. Ya adentro de su zaguán se quita el manto. Va al comedor. Quizá está sola, sola con su vaso de leche, coronado con una pulcritud de espuma. Quizá reflexiona que en la silla inmediata a la suya he asistido no pocas veces a sus desayunos elementales. Quizá canta, bajo, bajito. No sé, a punto fijo, por qué siento la necesidad de levantar los brazos al cielo, como una lira, imitando a Francis Jammes en la agonía de sus alejandrinos invernales».

Mi vida es una sorda batalla entre el criterio pesimista y las unidades del ejército femenino. Una batalla sorda y sin tregua entre las conclusiones de esterilidad y la gracia de Eva. De una parte la tesis severa. De otra, las cabelleras vertiginosas, dignas de que en ellas nos ahorcásemos cuando la intensidad de la vida coincida con la intensidad de la muerte; las bocas que fingen fragilidad y que son feroces; los flancos que prestan su línea a la cúpula de las catedrales y al cristal en que bebemos, los pechos que avanzan y retroceden, retroceden y avanzan, como las olas inexorables de una playa metódica; las rodillas que se estrechan como en una premeditación estratégica; los pies que se cruzan y que son crueles, como lo sería, ante los ojos del nauta, con urgencia de desembarcar, el cabo trigüeño o rosado de un continente prohibido. ¿Quién será mi vencedora en esa lid en que me place ser tocado por hierros encendidos? ¿Lo será una mundana? ¿Lo será una regional, de las que tan bien esconden las armas del sexo, sumergiéndolas en un prestigio honesto? Quizá no muy tarde, en un cansancio de lo hueco y de lo complicado, acuda sencillamente a Clara; el reloj de muestra negra y manecillas doradas, que en la fachada de la parroquia ha soportado lluvias, huracanes y el estrago de la guerra, marcará una vez más el triunfo de la sangre siempre segura, sobre las ideas, siempre vacilantes.

Al llegar aquí, me acuerdo de Paco Izaguirre. Paco Izaguirre se llama un confeccionador de versos, paisano mío, que ha dedicado su existencia a cortejar a Clara. Esto me liga a él con una maciza simpatía. ¿Quién tiene mejores títulos para nuestra simpatía que el que ama a la misma mujer que nosotros? Y luego, si la rivalidad es meramente teórica... Por mi parte, os confieso que a no mediar los sonetos dulzones de Paco y sus prosas rimadas explosivas, entraríamos en intimidad. Si rehuyo su trato, es sólo por ponerme a salvo de la recitación de su oda a Pípila o de su monólogo «El veterano y la niña», dicho con éxito memorable en el curato, en una distribución de premios.

¡Pequeñez humana! Caigo en la cuenta de que este tono zumbón que voy gastando contra Paco me lo dicta la envidia. Porque él hará desapacibles madrigales y feas prosas, pero (¡y el pero es de cuántía!) él es feliz. Ha realizado el prodigio de no dejar de ver a Clara, ni un día.

Él la perseguirá por la Alameda; irá a su zaga por la banquetta de las casas consistoriales, entre la segunda y la última llamada del rosario; pasará por sus rejillas cuando Ella limpia los floreros que en la mesa de tortuga asedian al quinqué, mientras el sol espejea en el tejuelo que, en la esquina, sustenta el nombre de la calle. Tal vez en este mismo instante, en que malbarato el despertar del ocho de diciembre, revolviéndome en el lecho, Paco Izaguirre, en una de las puertas de la panadería, baraja

en el caletre ripios y ripios acechando el paso de Clara. Y la saludará, y Ella le devolverá el saludo en un giro imperceptible de cabeza y abatiendo la frente en una inclinación de medio grado. Como en el tránsito señorial de una quimera...

El Nacional Bisemanal, México, 22 de diciembre de 1915

De mis días de cachorro

▽△

Hoy quiero recordar a Elisa Villamil y a Isabel Suárez y quiero también referir cómo, hace unas pocas tardes, pretendí locamente, en presencia de una amiga, resucitar locuras de infancia y recomponer el collar deshecho de las perlas románticas.

Elisa Villamil, hija del enjuto médico de mi pueblo -un anciano que gastaba tacones altos, en un futurismo inconsciente, y que me regañaba cuando me examinaba la garganta-, fue, quizá, mi primera adivinación de la mujer. Elisa, frente a las personas mayores, tomaba un aire desconfiado, y sus anchas pupilas, medrosas, irradiaban en la tez pálida como promesas mal explicadas. No he de olvidar los visos de charol en sus botas de niña principal, ni menos su sombrilla liliputiense, ni menos aún su sombrero de paja, en que competían el rojo de unas cuantas cerezas y el azul de un listón de terciopelo. La llevaban a visita a mi casa, y después con una política lejana de Richelieu conseguíamos permiso de ir a jugar enfrente, a la plaza, y corríamos por sus sonoras banquetas en una expansión que no sospechaba los minutos grises. De pronto, nos deteníamos en nuestra fuga, para embobarnos en el examen de un colega que llegaba en velocípedo, o de una naranja de tres días de edad, o de la esfera roja que remataba el chacó de los soldados de la cárcel. En esta esfera roja presentíamos, con turbación, el alarde jacobino de los federales. (¿Me reclamará alguien el ex?)

Cuando el habitual sereno comenzaba, sobre el compás de su escalera, a encender los faroles que colgaban de alambres tendidos de acera a acera, me robaban a Elisa. Yo sentía que me la robaban, y a la mañana del día siguiente me pasaba las horas muertas rodándome sobre la alfombra de la sala, con la propiedad de las rodadillas del sofá; y en recreo tan poco gallardo, dibujaba mentalmente, entre los rosales fronteros, el sombrero de paja que el doctor Villamil había comprado para su heredera.

De Isabel Suárez ¿qué os contaré? Ella me encontró más experto que Elisa.

La niña Suárez estaba huérfana reciente en aquel entonces. Iba a la escuela «toda de negro, hasta los pies, vestida». La escuela era la escuela «de las Cervantes». A las doce del día y a las cinco de la tarde, yo acechaba puntualmente la salida de Isabel, a la hiperbólica distancia de doscientos metros. Tal vez decís que mi timidez era de violeta...

Nunca salvé los doscientos metros. Ni uno de ellos. Isabel se casó con un caballero plano y opaco. Sé que no constituye para ella una dificultad, precisamente, entenderse con él.

Por aquellos años crecía yo como un cachorrillo sentimental, ingenuo y entusiasta.

Y he aquí que he querido volver a mi época de cachorro, hoy que mi inercia y mi cálculo se valen de los lamentables expedientes del león del Atlas, inmortalizado por Gautier. Fue el caso de una de las últimas tardes, como os anuncié al principio de esta crónica. Mi amiga (que no describiré en favor de la paz de los matrimonios) estaba sentada conmigo en una banca de la Alameda. El hemiciclo de Juárez nos protegía un flanco. Mi actitud debía ser, evidentemente, de cachorro, porque un fotógrafo, sin domicilio conocido (y que no ha de cultivar relaciones con Lange, ni con Napoleón, ni con don Luis G. Guzmán), nos ofreció su lente, cómplice de los idilios.

Anhelo que la señorita a quien dirigí palabras trascendentes en esa entrevista conserve de ella un recuerdo meramente cómico. Tuve la debilidad de querer convertir lo efímero en permanente. Me indujeron a ello el desmayo de la luz, los ramajes indecisos entre la primavera y el invierno, y la haz de la luna, de la luna confidente que quiso ser testigo de mi flaqueza. Exhorto a usted, señorita, para que, si vuelve a mirarme animoso y explícito, me traiga a la memoria que mi táctica ya no puede ser otra que la del león del Atlas, que se amortaja en el polvo calizo para traicionar al caminante con las quejas de una hipócrita desgracia. Y que los manes de Isabel Suárez y Elisa Villamil no se ofendan contra mí por haber dicho sobre sus lápidas, fuera de tiempo, niñerías insensatas.

El Nacional Bisemanal, México, 22 de enero de 1916

La provincia mental

▽△

Poco ha, me dictó este título Eduardo Colín; por lo tanto, confieso honradamente que no es mío. Hablábamos de la pintoresca ingenuidad de los pensadores de los pueblos, que para exhibir tendencias progresistas o conservadoras, se ponen la ropa usada de un publicismo bajo tierra.

En el lugarejo a que hoy me referiré, los polos mentales no eran el Jefe Político y el Cura. Acabado de salir de las aulas, fui a aquella cabecera a ejercer una salomónica justicia de primera instancia, y desde luego descubrí que los polos mentales eran don Marcos F. Galván, comerciante en ropa, y don Simón Puente, Administrador del Timbre. Uno y otro trataron, desde el mismo día que llegué al pueblo, de ganarme a su partido, porque ganarme a mí equivalía a ganar al Juzgado. Don Marcos era Rousseau vendiendo franelas y muselinas, y don Simón era Sardá y Salvany cobrando impuestos. El señor Puente abrevaba con delicia en *El liberalismo es pecado*; el señor Galván hallaba su paraíso en los folletos del doctor don Agustín Rivera y en *Amores y orgías de los Papas*. El Administrador del Timbre estaba suscrito a *El Tiempo*; el comerciante a *La Patria*. Pronto perdieron los dos la esperanza de incorporarme a sus filas.

El Cura, tolerante y socarrón como el Jefe Político, me invitaba todas las noches a mirar las estrellas con un mal telescopio de su propiedad. Y mirábamos las estrellas desde el empedrado de la calle real, frente a la tienda de don Asunción Jayme; el Cura en sotana y sin capa, en una cínica violación de las Leyes de Reforma; yo sin sombrero y faltando vergonzosamente a mi protesta de cumplir y hacer cumplir los códigos fundamentales. Se prolongaban tales horas de pretensión astronómica, y don Marcos F.

Galván y sus parciales se daban a gestas en presencia de aquel Concordato a la mitad del arroyo. Se me tuvo por adicto al retroceso.

Yo, en realidad, era adicto a María Jayme (que poseía una cabellera tenebrosa, como para ahorcarse en ella); a Teresa Toranzo (cuyos ojos, como esmeraldas expansionistas, cintilaban, para mi ruina, entre los renglones de los autos de formal prisión); a Josefina Gordo (que se me aparecía en las demandas ejecutivas mercantiles) y a Lupe Nájera (carilla anémica, voz de pésame y de canción gemebunda, y uno de los más graves riesgos de mi celibato).

Don Simón Puente y los suyos me pusieron en entredicho a poco andar. Habían celebrado que mi juiciosa juventud no perdiese la misa de los domingos y que cultivase el trato del señor Cura y que hubiera aceptado examinar, a fin de curso, a las niñas de la escuela parroquial. Pero toda mi pía fama se derrumbó. Dieron al traste con ella dos números de mi programa cotidiano: el empinar el codo, a la una de la tarde, en La Favorita, en compañía del Jefe Político, del coronel Medina y del dueño de la tienda, tres bebedores célebres, y el acudir a las nueve de la noche, a la cantina y a los billares de don Miguel Mendoza, masonete impulsivo y boquiflojo. Mi misa dominical se tomó por irreverente cita con mis amigas; mi inteligencia con el Párroco quedó en punible despreocupación; mi activo papel en los exámenes de la escuela parroquial fue explicado por la oportunidad de hablar con Lupe Nájera...

Todo se renueva en estas cabeceras de Guanajuato, de San Luis, de Zacatecas... Renuévase el árbol, y la belleza de la mujer, y el agua. Todo, sí, menos el pensamiento, que se momifica en una tradición feudal o se cristaliza en la ñoñez jacobina. Yo no lo deploro: antes me alegro de que los iracundos y pueriles sectarios lleven trazas de poder ofrecernos siempre un sabroso sainete de ideas. Me alegro, porque es saludable asistir a los escenarios en que disputan el candor y la petulancia.

Entrada la noche, la luz de la panadería y de la botica cortará sobre la calle los cuadrilongos de las puertas. Si hay luna, el ahorro municipal apagará sus faroles. En una trastienda se leerán las crónicas del Congreso Constituyente, en medio de una atención pasmada y de un silencio formal. En el púlpito de la parroquia, un clérigo, de los que sitiaron a Alejandría en las cruzadas, se aventurará a afirmar que la escasez de lluvias es un castigo de lo alto por la maldad de los incrédulos y de los protestantes. (Alusión al vendedor de fideos y tallarines, que tapiza sus muros con carteles en que hay versículos del Génesis). A través de muchas ventanas, cerradas con un ajuste preciso, se oirá el sordo caer de los padrenuestros y las avemarías. Nos sentiremos en un palenque vetusto, bajo el que hierven creencias irreconciliables, próximas a estallar.

El Nacional Bisemanal, México, 29 de enero de 1916

La sala

▽△

Jamás hubo ni habrá para mí una sala como aquella sala. Palenque de la fantasía y escenario de la meditación, ella guarda el eco de los pasos de mi abuela, el fulgor de los cirios que velaron a más de tres cadáveres, tendidos en su centro, y la conversación,

ceremoniosa y afable, de las tiasas damas que acudían a su estrado. ¡Pobre sala, hoy destartalada, polvosa y castigada por la guerra!

Sus dos ventanas, corridas hasta la banqueta, dan a la plaza y miran al sur; su puerta de entrada coincide con un ángulo de los corredores, con el ángulo del patio en que se levanta el naranjo; y la otra puerta comunica con la más espaciosa de las recámaras. Y las dos ventanas y las dos puertas se comen el espesor de los muros, abriendo en ellos concavidades excesivas, como de grandes conchas.

El cielo raso, desprendido de una esquina, está pintado con un germen de azul. Lleva, diríamos, un azul sospecha. Este cielo raso fue uno de mis primeros auxiliares (no quiero escribir cómplices) en el hábito de destilar la imaginación. ¿Cómo? Fácilmente. Sobre el cielo raso han dibujado las goteras figuras inverosímiles: una mujer (soltera, probablemente), cuyo talle se estrecha como lápiz o aguja; una mariposa con piernas de caballo; un militar con espalda reducida a su menor expresión y con botas cuyos tacones se prolongaban metro y medio. Yo, que no traducía aún la Epístola a los Pisones, saboreaba el perfil negruzco de tales caricaturas. Poco, en verdad, se necesita para provocar al poeta en el niño: que llueva copiosamente una noche; que se hagan dos, tres, cuatro goteras; que haya cielo raso para que las goteras dibujen; y que un muchacho boca arriba, desde el sofá o desde la alfombra, mire los dibujos... ¿Habrá un silencio más interesante y una soledad más intensa que el silencio y la soledad en que nace el primer pensamiento propio? Al llegar aquí me acuerdo de Machado:

¡Moscas del primer hastío
en el salón familiar,
las claras tardes de estío
en que yo empecé a soñar!

También en mi sala hubo moscas. Moscas de alas tercas que zumbaban como los bordones de poetisas sin variedad. ¿Será preferible la palabra de una mosca a la de una poetisa?

He de mencionar la mesa de centro, con su cubierta carmesí, sus búcaros, su quinqué y sus esferas multicolores; la bondadosa pintura de la Virgen del Refugio; los espejos que copiaron antaño la crinolina y la encumbrada peineta de carey; los deslucidos tapetes en que se posaron las onerosas botas marciales y la menuda gracia de los chapines... ¿Quién dio cuerda, por última vez, al reloj de pared que marca, hace mucho, la misma hora, como si nos quisiera recordar los novísimos o postrimerías del hombre? Quizá aquella enérgica señora que en una noche de bandidaje, antes que entregar sus ahorros a la plebe, arrojó al pozo sus talegas. Y ¿quién rezaba en este volumen colonial de la *Vida cristiana*? Tal vez aquel iracundo don Juan Llamas, jinete sin rival, que quebrantó en más de una ocasión el quinto mandamiento. El reloj, desde la pared, quiere despertar a la *Vida cristiana*; pero el secular volumen no se deja interrumpir por un reloj descompuesto, y duerme definitivamente en su fe virreinal.

Vieja sala, escenario de la meditación y palenque de la fantasía: que el estrago de la guerra horade tus muros y tuerza tus rejas; pero que respete la fragilidad de tus vidrieras, de tus vidrieras que deformaban gentilmente la visión de la plaza, engrandeciendo sus árboles y empequeñeciendo su kiosco. De tus vidrieras que, mientras la serenata se desliza entre valeses y marchas, se reflejan en tu oscuridad fielmente, como si se confesaran y acusaran las burbujas de su imperfección. Yo conozco, una por una, las burbujas de cada vidrio y sé cómo se proyectan, cuando estás en tinieblas, vieja sala, y la luz de la serenata va hasta ti. Que queden en pie las vidrieras a través de las cuales miré la lluvia pasajera y amiga, en un abril único, y que una tarde me sea dado, frente a la lluvia permanente y final, trazar en el vaho de las mismas vidrieras una A y una H como entonces...

El Nacional Bisemanal, México, 12 de febrero de 1916

El comedor

▽△

Tiempos de abundancia... Muy diversos de estos calamitosos en que, según mi querido Pepe (quiero decir Jesús B. González), se necesita frente al pan un microscopio, para saber qué minúscula pieza se come uno... Y cito a ese cristiano amigo, porque la calidad de su ingenio supera a la de su chaleco futurista y a la de su calzado fabuloso.

Copiosos, en verdad, eran aquellos tiempos en que se abastecía el comedor con la cosecha varia de la provincia. Hablo del comedor solariego, del que no tenía más puerta que la de la entrada, y se oscurecía con las nubes más informales de mayo, y tenía una mesa pintada de verde y un *aparato* que colgaba de un ancho cordel, verdadera dinastía de moscas en lo álgido del verano.

Pintorescos, a más no poder, los muros del comedor. De lo que había sobre ellos no se hizo inventario. Recordaré el anuncio de una medicina yanqui, anuncio cuya figura principal era un personaje de aspecto carneril, con la corbata blanca bien liada sobre el cogote, y con unas letras que decían: «Monroe». Y el otro anuncio, el de los arados modernos cuyo almacén estaba en Guadalajara. Y todavía otro anuncio, el de la fábrica de cigarros de la localidad: una dama y un pilludo; ambos de pie y destocados; ella envuelta en pieles de armiño y él a medio vestir y descalzo; los dos fumando, frente a frente, como si se desafiaran. Sería ingratitud no mencionar también el clavijero negro y los clavos que servían para sustentar, por la noche, las jaulas de los canarios y de las palomas habaneras.

¿Cómo dejar en el tintero la alacena que se hallaba al entrar, a mano izquierda? En aquella poemática alacena se guardaban todos los combustibles del feo pecado de la gula, desde la cajeta de membrillo, hasta el arroz de leche, capaz de conmovier a medio kilómetro las entrañas de Artemio de Valle-Arizpe, hidalguete de hombros derrocados, que finca el noventa y cuatro por ciento de sus pasiones en el jugo gástrico. Aquella alacena merecía un romance de Nervo.

En el bienestar de los mediodías, la tierra hablaba con su voz más persuasiva, y los ojos recreábanse en cuadros de un sensualismo vivificante. Traspasaba el sol el cenit y

cacareaban las gallinas prólogos de escándalo al huevo inminente. Ruidos de incendio en la cocina, de incendio en las cacerolas, aseguraban la sensata esperanza de comer. La agudeza montaraz de mi olfato adivinaba los guisos. Si por un descuido quedaba abierta tres segundos la puerta del corral, se extendía por el patio la invasión de las gallinas y de los pavos silvestres, toda la *Rusticatio* de Landívar.

La comarca entera humeaba como una gran vianda pronta a repartirse. Se sentía que los tres reinos se escapaban de los muertos tratados de Historia Natural para sazonarse en los braseros aldeanos.

Las cenas, succulentas y de un regusto peninsular, trascendían a clasicismo de posada cervantesca. ¿Se cenaba así en la casa del caballero del Verde Gabán? De sobremesa, dejábase oír, a las veces, la narración de un regocijado tío, que había seguido a García de la Cadena y corrido lances y lances entre Evas y Adanes, pues siempre fue aficionado a los amigos y arrimado a las colas. No pocas ocasiones alargábase la vigilia más allá del toque de *queda* y del pito de los *serenos* a las diez y de la conclusión de la Hora Santa de la Parroquia.

Pero quizá el más grato de los recuerdos del comedor es el de las mañanas, el de los desayunos de geórgica. Quedaba frente a la puerta del comedor el pozo, y en el brocal del pozo se iban alineando desde la madrugada jarros y vasos de leche, ordeñada junto al pesebre. La corona de espuma tentaba con su fresca tentación los paladares, y el riesgo de vasos y jarros en el brocal del pozo volvíalos de más precio, como si su posible caída insinuase en ellos un sabor más codiciable.

Yo reúno la mañana, el mediodía y la noche futuros en una sola esperanza: la de poder, en mi declinación, mirar en una misma fecha el vaso de espuma, la sopera que despide saludable vapor y la colación que se usa comúnmente entre gentes de buena conciencia. ¿No os gusta el Ripalda como final de crónica?

El Nacional Bisemanal, México, 19 de febrero de 1916

La dama en el campo

▽△

Ya entretengo estas horas con un sabroso capricho: el de trasladar al campo la mujer más sugestiva de la Capital. Si me fuese dado convertir a la dama en pastora, yo pondría en tal conversión el más delicioso proceder poético y mi más vigorosa humanidad. ¿Sonríe usted, señorita, de nombre de flor? Que su sonrisa bañe este capricho.

Verdad es que ser la más sugestiva entre medio millón resulta fabuloso; pero tal fábula corresponde a un estado simple y habitual de mi conciencia, y por ello, a riesgo de una segunda sonrisa de la dama a que aludo, paso a exponer cómo la presa de la ciudad se tomaría en el decoro del campo, por virtud de algunos singulares recursos que me dicta no sé qué genio cordial.

Usted, tan urbanizada, ¿cómo se vería vestida de negro, en el tablero amarillo de la cosecha? Yo nunca la he mirado vestida de negro, por más que lo he deseado.

Imaginarla de luto en lo raso de una llanada, entre maíz o entre paja, bajo el resplandor metálico de la tarde, vale tanto como imaginar mi propia tristeza en medio de caricias sensuales. Usted, vestida de negro y sentada sobre la cosecha, me daría la emoción del luto de Flérida. O quizá me haría pensar en el de Elisa, la mansa pasión de Garcilaso.

En *La sangre devota* he llamado a la inspiradora de esta crónica boca flexible, ávida de lo concienzudo; figura cortante que se escapó de una redoma de alquimia o de una asamblea de vitrales oblongos; y, aún, la he reconocido como el armonioso peligro de mi filosofía petulante, de mi filosofía que pretende que la vida se le entregue, en lugar de entregarse ella a la vida. A tal panegírico, de carácter civil, he querido agregar hoy mi elogio rústico, y deseo que éste trascienda a harina, a tierra mojada y a Carta Pastoral leída en el púlpito de la aldea.

¡Qué gallarda debe ser la dama galopando, en un corcel animoso, por lo plano del valle y la curva de las laderas! Quizá se fatigue; pero, aun en su fatiga, ha de ir fascinante su pelo, descompuesto por el galope; quizá se asfixie, pero la asfixia agravará, con un carmín incipiente, la tentación de su palidez... Si el vértigo la postra, siempre habrá a la mano la raíz protuberante de un árbol para que repose, y encima de su desmayo caerán bien, en un descanso retardado, las flores de su nombre. Las tres potencias del alma y los cinco sentidos corporales esperarán, en silencio, que se recobre.

Ella, que no prescinde de su sombrilla, apenas pique el sol, ni de su paraguas sin latitud, apenas se esboce una nube, había de soportar los excesos del verano. Que se recalentasen sus arterias, en bochornosas giras por sembradíos y por vergeles... Que un colibrí confundiese con un mirto sus labios tónicos... Que un chubasco inopinado y descortés la empape con fruición, calándola hasta los huesos... Que, de regreso al pueblo, en un caserío ensimismado, un feliz entre los felices la besara al cuello, como se besaría la carne húmeda de Ceres...

No he querido insinuar, señorita, que mejorase a usted trasplantarla de la ciudad al campo. Todo vive convenientemente en su ser auténtico. Tampoco he querido, al hablar de «La dama en el campo», zurcir un ensayo, pariente (de lejos siquiera) de los que debemos a la maestría de Julio Torri. Menos ha contado en mi intención un paralelo tácito entre las heroínas de la letrilla bucólica y las de la edad ciudadana. Sólo he pretendido captar el matiz que ganaría la naturaleza si usted concurriese a mi paisaje de soledad, de vehemencia y de melodía. Ignoro si mi objetivo podría resistir la voluptuosidad de penetrarse de esta suma: el olor civilizado de usted más el indómito de la tierra. Y sospecho que cumplido el plazo en que tuviera usted que ser devuelta a la ciudad, la soberana indiferencia del campo se conmovería un poco...

El Nacional Bisemanal, México, 26 de febrero de 1916

Espantos

▽△

Renovaciones pasmosas se operan en nosotros. Creemos que un amor que nos ha acompañado por años y años, al partirse, nos ha de desgarrar y ensombrecer. Y se parte, y aunque nos da pena, ni nos desgarran ni nos ensombrecen... porque ya otro amor nos ha

invadido. En mí, una mujer de manos astrales y ropaje cándido ha estado vacilando al borde de un despeñadero, como si quisiera ser siempre actual, y el despeñadero fuese el pasado. Y yo me decía: «Cuando ella quede atrás, despeñada, como una sombra en un orco, mi vida será más insensata que nunca». Después de tal vaticinio, ha llegado otra mujer; ésta ha caído en el pasado, como una mortaja en un abismo; y mi vida es tan insensata como antes, ni más ni menos; y tengo más alegría, como si mi nueva deidad fuera de naturaleza solar y alumbrase mis rincones feudales.

Y como se renueva el amor, se renueva la caridad y el egoísmo, la ira y el miedo. El terror vive en mí constantemente. Huésped enlutado, podrá cambiar de traje pero siempre irá de negro, lívido y con los cabellos erizados, por mis galerías. El terror, personaje solícito, se dignó presentármese cuando estudiaba yo, en mi casa, el silabario de San Miguel.

Fue una noche. Me habían ya acostado. Vivíamos en la calle de la Parroquia, y mi padre, según su costumbre, habíase ido a jugar malilla a la casa del doctor Villalobos, en la calle del Espejo. Sobre el buró, habíame dejado, misericordiosamente, una vela encendida. Su luz difícil se esforzaba, en vano, por un imperio cabal. Frente a mi cama había un ropero, y de detrás del ropero salía un hombre, inconsistente como un gas, y hecho de penumbra. Me miraba. Resistí su mirada dos o tres veces. A la otra, lloré. El hombre del ropero no sacaba más que medio cuerpo, ardid que le permitía ocultarse bonitamente cuando entraban a ver por qué lloraba yo. Se practicaban formales cateos, sin éxito. Pero apenas salían mis familiares, el hombre de gas y de penumbra volvía a asomarse. Chillé hasta desgañitarse y conseguía desvelar al vecindario. Creo que entre las once y las doce se procedió contra mí ejecutivamente.

Poco tiempo después supe lo que eran los espantos. Los espantos, lo mismo en el Estado de San Luis que en el de Jalisco, son de diversas procedencias: bienaventurados o réprobos. Almas en gloria que vuelven a diligenciar un negocio pío; almas precitas que aúllan y maúllan; duendes que en los comedores en tinieblas arman estrépito de vajillas y cucharas, como si volcasen cristalerías y ferreterías de ultratumba; demonios que a la una de la mañana arrastran cadenas por los corredores glaciales; brujas díscolas que abren la puerta del corral, para que los caballos y las vacas se aventuren por el patio y levanten de las losas un rumor diabólico; gatos que parodian en los pretilos el llanto de un niño recién nacido; difuntos que quieren confesarse, porque una cuchillada o un tiro no los dejó recibir en vida la absolución; señoras galanteadas por Miramón y cantadas por don Fernando Calderón, que regresan del purgatorio con su crinolina y su desmesurada peineta de carey a indicar el sitio en que se ocultan unas onzas, escapadas a la codicia de los franceses; don Pedro, que necesita unas misas gregorianas; todo un mundo de más allá de la eclíptica; todo un universo de pavor...

¿Y las casas en que espantan? Una casa en que espantan es en un pueblo el camposanto de los aparecidos, el real del misterio. ¡Qué recelo me infundía la casa del Banco! Era ésta una casa de altos, cerrada a piedra y lodo desde tiempo inmemorial. En sus balcones se encharcaba la lluvia, y por la madera carcomida se filtraban gotas y gotas, que caían, en las noches de aquellarre, con un eco hostil, sobre la pizarra de la banqueta. Yo creía en los aparecidos de la casa del Banco, lo mismo que en los herrajes, oxidados y toscos, de su portón.

Yo creo, yo estoy dispuesto a creer, en todo lo que se llama miedo, en todo lo que se llama superstición. Respeto por igual al físico que ve en su sombra la propagación de la luz en línea recta y al salvaje que rinde culto a su propia sombra. La astrología, cuando le place, entra en mi lecho con sus rodillas heladas. Me atengo a la quiromancia como a la vacuna. Confundo las leyes de Newton con la fatalidad. Mi creencia de cábala, mi arte de amuleto. Y nada me regocija como oír hablar de la antorcha del progreso, de la hidra del oscurantismo y de otros bellos tópicos que zurcen los publicistas con sarampión.

El Nacional Bisemanal, México, 8 de abril de 1916

La derrota de la palabra

▽△

Yo quiero hablaros esta mañana de la derrota de la palabra. Es decir, del retorno del lenguaje a la edad primitiva en que fue instrumento del hombre y no su déspota. Pienso, a las veces, que los bárbaros artistas que crearon la rueda y el hacha y los vocablos para designarlas fueron espíritus menos toscos que el ciudadano de hoy, aguja de fonógrafo, aguja muerta. Me complacería despertar el horror al industrialismo de la palabra; mas protesto que se halla lejos de mí cualquiera intención de propaganda, y que hasta preferiré que se opine diversamente de mi criterio. La igualdad de las ideas, uniformadas como soldados rasos, me produce el mismo malestar que me causaría ver un rostro idéntico en todas las mujeres.

Pocas cosas habrá más vanas que hablar por hablar. Y pocas cosas son tan del gusto de los mexicanos como hablar por hablar. Nos encanta el lenguaje como fin último, y todos nos difundimos en huecas tiradas, desde la tierna mecanógrafa hasta el poeta de ínfulas. En los círculos propiamente literarios, el abuso de la palabra ha sido fomentado, en ocasiones, por la hojarasca de la prosa peninsular, y en ocasiones por la inhumana tendencia de los parnasianos. Fuera de los círculos literarios, los factores que contribuyen a sostener la palabrería son menos técnicos, pero no menos efectivos. Desde luego, la vulgaridad de espíritu lleva a las gentes a declamar. Quien carece de vida interior, natural es que simule tenerla, mareando con discursos teatrales. Así, para fingir personalidad médica, gastan saliva los merolicos, recitando aparatosamente las excelencias curativas de la víbora que exhiben enroscada en un brazo. Aquí viene a pelo referirme también a la comodidad que representa, en una sociedad que no lee ni medita, repetir por boca de ganso, tercamente y profusamente, la opinión preestablecida. Siempre constituirá una facilidad democrática la compra de ropa hecha. Bien vista la cuestión, es útil el charlatán que soba y soba lo que otros han pensado; como es útil el sastre que vende ropa hecha. Y no concibo que se tolere al sastre y al mismo tiempo se deteste al periodista que, por diez centavos, nos sirve todas las mañanas poesía hecha, política hecha, reportazgo como corbata roja y editorial como falda pantalón.

La palabra se ha convertido de esclava en ama cruel. Ya no acude con docilidad cuando la llamamos. Hoy por hoy, la palabra tiraniza al hombre y pretende cabalgar a toda hora sobre él, y espolearlo, e infundirle una locuacidad, cómica. Las víctimas de la palabra se cuentan por millares. He de citar una, una en quien España cifró muy grande esperanza. Todos habéis advertido, sin duda, la degeneración verbal de Villaespesa, que edita un libro cada dos meses.

La palabra, que en la niñez del mundo se plegó tan mansamente a traducir la vibración de los hijos de Adán, parece haber imitado el empleo de esas señoritas que, sumisas y blandas en el noviazgo, después de firmadas las actas se cambian en epidemia o en ley marcial. No hay quien no conozca a más de algún marido golpeado. Y si la palabra es la mujer del literato, yo os aseguro que a casi todos nuestros literatos los golpean sus mujeres.

¿Los literatos célibes? A éstos cabe mayor desventura, porque son arañados, prematuramente, por la novia.

La inversión, en el arte literario, del procedimiento racional, del procedimiento vital, ha colmado la medida de lo absurdo. Ya el espíritu no dicta a la palabra; ahora la palabra dicta al espíritu. ¡Infeliz dictado el de una esclava a su señor! Hoy se dice: Tengo esta frase que suena bien; pero ¿qué voy a pensar o a sentir, para expresarlo, y encajar, al expresarlo, esta frase que suena bien? El académico tiene su bodega atestada de frases; el modernista ha abarrotado frases; pero ¿qué pensarán o sentirán el académico y el modernista para poner en juego sus frases? He aquí el campo en que ha vencido la palabra y en que convendría su derrota.

Estos falsos artistas, que pretenden extraer de la palabra el jugo de la vida, mantienen un paralelo, no sé si lamentable o risible, con los sabios caducos que, en la abolición de su sexo, se desvelan por engendrar una sucesión plasmogénica. ¡Pobres Faustos, a cuyos hombros ningún poder diabólico ni celeste ceñirá el jubón de las fiestas viriles! ¡Pobres Faustos que en siglos y siglos de reseca vigilia no lograrán levantar en infolios ni probetas los surtidores mágicos, los surtidores que la espada ardiente de la juventud provoca en la pena!

Tanto el escritor que sigue la tradición como el que va con la caravana actual poseen recetas dignas de envidiarse en cualquiera cocina. El escritor de actualidad posee, por ejemplo, esta receta: Patos heroicos. Después de cocidos, se parten en cuartos, se untan de salsa de Marquina, se les cubre con una capa de versos de la «Marcha triunfal» de Darío; se dejan sazonar, y ya fuera de la lumbre, se adornan con picos de cóndores de Chocano. El tradicionalista no sabrá preparar los patos heroicos; pero es dueño de la receta que sigue, para el estofado clásico: Se corta un lomo de cerdo en trozos delgados; se pone en una sartén de las bodas de Camacho; se le mezclan perejil de don José María de Pereda y vinagre de don Juan Valera; se pone al fuego manso de una redacción de notario público, cuidando que no se quemé; y se sirve adornado con arcaísmos del Cid.

Nuestros hombres de pluma aderezan párrafos y estrofas como guisotes. Así es como el ejercicio de las letras se ha vuelto industria de chalanes y filón de trapaceros.

La palabra se ha divorciado del espíritu. Apenas se toca con él por un solo punto. Se ha creído que el lujo de la expresión y, en general, el ornato retórico, deben buscarse lejos del temblor de las alas de Psiquis. Yo me inclino a juzgar que, por el contrario, para conseguir la más aquilatada elegancia de la expresión, nada hay mejor que cortar la seda de la palabra sobre el talle viviente de la deidad que nos anima. Si un preciosismo artificial o una fría corrección purista nos inducen a cortar púrpuras y brocados sobre patrones de gramática o de retórica, para vestir el alma, corremos el riesgo de que la armoniosa y recóndita deidad deseche el brocado y la púrpura, porque no los ajustamos previamente a su talle de mariposa. Antes de borrajear el papel, hay que consultar cada

matiz fugaz del ala de la mariposa. Yo pienso que el alma del hombre más rudo atesora, en sus alas, matices fugitivos y múltiples. Quien sea capaz de mirar estos matices, uno por uno, y capaz también de trasladarlos, por una adaptación fiel y total de la palabra al matiz, conseguirá el esplendor auténtico del lenguaje, y lo domeñará. Por eso resulta formidable el poder de los meditativos, desde el príncipe Góngora hasta Darío y hasta Lugones: porque ellos en su cuarto de hora de oración mental han descendido a repliegues de la conciencia no sospechados por los que, al ras del barbecho, se emboban en un parloteo fútil. Ya lo ha dicho el doctor González Martínez, con la felicidad con que él dice todo: El alma se agita con sus goces exclusivos, con su instinto propio y con su dolor particular. La traducción de esta individualidad no se consigue con proclamas de los dientes para afuera, ni con manifiestos a flor de piel.

En más de una ocasión he querido convencerme de que la actitud mejor del literato es la actitud de un conversador. La literatura conversable reposa en la sinceridad. Quienes conversan se despojan de todo propósito estéril. En la mesa de los banquetes rige la cordialidad; los vinos y los manjares, en su eficacia expansiva, consolidan la mutua confianza; los invitados procuran mostrarse unos a otros sus interiores, exactamente, naturalmente; pero al filo de los brindis, los comensales se cohíben y una rígida expectación señorea al concurso. Es que ha llegado el momento de la alocución tiesa. La vida ha dejado de vivirse y va a recitarse.

Dramaturgos y novelistas echan mano de los mismos expedientes embusteros. El dramaturgo, valiéndose de una estrategia superpuesta, calculará, como cualquier tribuno de conmemoración cívica, el pasaje en que el público debe aplaudir. No importa que el recurso traspase las lindes de lo burdo. Un marido habrá salido de casa, el seductor se habrá colado en ella, como el más aventajado discípulo de los burladores de Sevilla; la pérfida consorte acogerá al nieto de don Juan de Mañara. De pronto, el marido los sorprenderá. Habrá entonces un rugido con una variante de aquello del *Drama nuevo*: ¡Tiembra la esposa infiel, tiembra la ingrata! La adúltera se arrojará sobre el marido y le tapará los ojos. El seductor, aprovechando la coyuntura, se esconderá adentro de un armario. El marido, echando por tierra a su Alicia, disparará su revólver a diestra y siniestra. Uno de los tiros atravesará el armario y dará muerte al burlador. El público aplaudirá el castigo del culpable.

En la novela, se busca igualmente el efectivismo. No parece sino que todos los caballeros de pluma en ristre se proponen como modelos a esos pretendientes sin blanca que para asaltar la caja fuerte de una acaudalada, virgen o viuda, explotan la linda estampa, y discurren por ahí hechos unos brazos de mar. Hoy, como siempre, con desplantes fanfarrones, se desembarca en la isla ruidosa de la fama y en el puerto de un matrimonio cotizante. Los candidatos al laurel y al tálamo se ponen a escote.

El alma solitaria en lo más íntimo de su castillo abrupto atina a distinguir al paje sincero del pretendiente mercenario. Si yo quisiera hablar en este día con mi alma, la diría así: «Te amo por tu milagrosa facultad de silencio, porque tácitamente viertes sobre mí tu emoción, y te envuelves en la mía, recostándote sobre los minutos, como sobre esclavos sordomudos. Solitaria y orgullosa, sólo te cuelgas de mi cuello cuando somos una pareja perdida en el vacío de la soledad y en el caos del silencio. Nuestras miradas se cruzan en un efluvio teosófico y se copian como dos espejos paralelos. Mis labios terrenales no te han hablado y ya sabes el orden en que besaría yo tu boca y tu nuca y tus párpados. ¡Oh alma, sibila inseparable, ya no sé dónde concluyes tú y dónde

comienzo yo: somos dos vueltas de un mismo nudo fulgurante, de un mismo nudo de amor! Por volcánica, me adhiero a ti; por taciturna, me espantas. Paréceme que en tu odio a la palabra llegarás a mutilarme arrancándome de cuajo la lengua, y precipitándola, desde la ojiva, sobre los perros de tu feudo. En tu boca, sedienta de placer, no se enlaza la vocal con la consonante; cuando el placer se encona como un cauterio, prorrumpes en un grito inarticulado. Ya que nos abrazamos en un vaivén de eternidad, en un columpio de tinieblas, sobre un desfiladero de tinieblas, que sea con nosotros el silencio absoluto. Que la paz de las criptas en que duermen las estatuas yacentes nos invada. Que como en las criptas, se tamice en nosotros la sonrisa de la luz. Y que nuestro beso, como el beso de mármol de las estatuas yacentes, sea insaciable y sin tregua».

Quizá la más grave consecuencia del lenguaje postizo y pródigo consista en el abandono del alma. Bajo el despilfarro de las palabras, el alma se contrista, como una niña que quiere decirnos su emoción y que no puede, porque se lo impide el alboroto de un motín. Sabe callar el alma como una enamorada, pero la aflige que su galán sea desatento, y que por esparcirse en oratorias superficiales, la olvide neciamente. De mi parte, confieso que para recibir el mensaje lacónico de mi propia alma, me reconcentro con esa intensidad con que en el abismo de la noche sentimos el latido infatigable de nuestras sienas y estamos escuchando el roce metódico de nuestra sangre en la almohada. El alma finca sus delicias en transmitirnos su confidencia; pero exige para ello una soledad y un silencio de alcoba. Yo anhelo expulsar de mí cualquiera palabra, cualquiera sílaba que no nazca de la combustión de mis huesos. Y si me urge desterrar el más borroso vestigio de cosas extrañas a mis sustancias, es porque en mi alma convulsa hay una urgencia de danza religiosa y voluptuosa de un rito asiático. Y la danzante no abatirá sobre mis labios su desnudez ni su frenesí mientras me oiga mascullar una sílaba ociosa.

(Conferencia pronunciada en la Universidad Popular, el domingo 26 de marzo de 1916)

Vida Moderna, México, 12 de abril de 1916

La escuela de Angelita

▽△

Mal se ve en Guanajuato, en Michoacán y en Querétaro, que los niños de calidad vayan a estudiar las primeras letras a una escuela de hombres. Eso se queda para los párvulos plebeyos. Los niños principales concurren a una escuela de mujeres. En tal costumbre hay, quizá, un gentil acierto de la sociedad provinciana. Se gradúa todo un camino que arranca de los brazos maternos y concluye en la áspera cátedra de un áspero maestro de instrucción cívica. No deja de ser brusco arrancar de la familia a un personaje de seis años para soltarlo, de golpe y porrazo, frente a un dómine pedante, frecuentemente de melena y generalmente de folletín. Una maestra y unas condiscípulas equivalen, en cambio, a un suave y lucido factor de educación. ¿Sabemos, acaso, lo que Anatole France, nuestro fetiche, debe a las enseñanzas de Mademoiselle Lefort? Mademoiselle Lefort, sin duda, regó la tierra que había de nutrir los laureles del frágil y

formidable poeta de *El libro de mi amigo* y de *El crimen de Silvestre Bonnard*. En realidad, las mujeres deberían estar siempre aleccionándonos.

En la escuela de Angelita, nos aleccionaban ella y sus hermanas Petrita y Lola. Angelita representaba la modernización; Petrita, justificando su nombre, ejercía el mando con dureza y nos pellizcaba y nos tiraba de las orejas, para arriba, para arriba, obligándonos a pararnos sobre la punta de los zapatos; Lola gobernaba sin dictadura y sin amabilidad, por lo cual no la envolvía la opinión pública ni en cariño ni en rencores. En la escuela de Angelita, la minoría de los hombres (perdón por lo pretensioso de la palabra) nos codeábamos con las muchachas más bellas de la capital de aquel Estado.

Al lado de Sofía Elizondo, y en su mismo libro segundo de Mantilla, leíamos a una voz la historia de Voltamad y su caballo, la de los niños perdidos en el bosque, ciertos versos de don Manuel Carpio y aquellos otros, de no sé quién, que acababan así: «¿Por qué lloré?, pero no llores». ¿Se acuerda usted, Sofía?

María González, ya muerta, y de la que tal vez no quedará ni polvo, nos invitaba a estudiar con ella la Historia Sagrada. Y sus vehementes ojos negros se iban posando en las láminas murales: Caín y su víctima, Noé saliendo del Arca, la Torre de Babel, Rebeca entre los camellos... Afuera el sol doraba las guijas del arroyo, el reloj de la parroquia sonaba las once y las mariposas viajaban, como ilusiones trémulas de un pintor.

¿Y Lupe Azcona? Lupe Azcona llegaba todas las tardes, a las cuatro, a estudiar piano. Estudiaba una hora y regresaba a su casa. Lupe era la alumna de más edad, y muy alta, y muy garrida y con una cintura que quería romperse. Como sabíamos que tenía novio, los hombres la mirábamos con un terror curioso y las niñas que no habían acabado de quebrar el cascarón la envidiaban como a una paloma presumida y pulcra, que diría Ruiz Cabañas.

Lo que era para mí el acabose, entre todos aquellos hechizos, era Natalia Pezo repasando su lección de geografía. ¡Qué arte gastaba Natalia Pezo frente al mapa de América, con el texto en la mano izquierda, y en la derecha un puntero de papel de periódico! Natalia estudiaba en voz alta: «Archipiélago de las Lucayas...». Y el puntero rascaba las ondas azules, inmóviles entre los meridianos y los paralelos, que aprisionaban el mar en una red negra. «Isla de Cuba...». Y el puntero resbalaba sobre un pez que iba a ser tragado por el golfo vecino. Todavía suenan en mis oídos las palabras de Natalia Pezo, sirena que cantaba las glorias del Atlántico.

Otras alumnas no despertaban nuestra fantasía, sino nuestros instintos rapaces. ¡Los hurtos de comestibles en los cajones abastados de las Anayas y las Preciados! Por fortuna, ellas me han absuelto de aquellos hurtos de pan y confituras.

Pero las blandas mujeres que nos besan cuando estamos en la cuna y nos prestan sus libros en la escuela temen, a poco, parecer deshonestas si nos miran, sin interrupción, medio minuto.

El Nacional Bisemanal, México, 15 de abril de 1916

El predominio del silabario



Publicó un diario, semanas atrás, unos renglones críticos que no eran precisamente un modelo de atingencia, y en los cuales se deploraba, con evidente ingenuidad, «la falta de vigor de nuestros poetas líricos». Se suspiraba por los de «rabias» y se censuraba la importancia concedida al tema femenino. También se expresaba tristeza por no haber aparecido quien «engarce» estrofas cívicas que aludan al momento actual. Se hablaba, además, de un «nirvana soso».

Todo lo cual acusa la incurable tendencia a situar el vigor poético en la laringe, opinión que, por otra parte, se adapta a maravilla a las efemérides de la señorita Mendoza.

Desgraciadamente (para los que creen que los poetas combaten, según la apolillada metáfora) pasó ya la época en que los Gargantúas del verso se desgañitaban frente a las copas de ajeno, pasmando a un auditorio de beodos.

La rabia está bien muerta. Apenas si la soportamos en Díaz Mirón. Fuera de él, los rabiosos no nos suscitan otro deseo que el de inyectarles un suero oportuno, para que no cunda su baba.

El asunto civil ya hiede. Ya hedía en los puntos de la pluma beatífica de aquellos señores que compusieron odas para don Agustín de Iturbide.

Sólo la mujer no envejece. «Mientras exista una mujer hermosa...» dijo quien sabía lo que decía. Hoy no las llamaremos las bellas, como en la edad de la crinolina, del daguerrotipo, de la grandilocuencia y de los currutacos; pero ellas serán una instancia cada día más premiosa y seguiremos indefinidamente viéndolas pasar, blancas o trigüeñas, como invitaciones implícitas. Del revuelo de sus cabellos y de sus faldas irá pendiente nuestro destino. Todas las noches morirá Valentín, en el umbral de su hermana, a manos del rondador que ha vendido su alma al diablo; e imagino que casi no habría quien no se decidiera a ser tardíamente homicida si con ello aseguraba una vibración exótica en su estro de setentón, gracias a Mefistófeles.

La razón, divinizada antaño, se agrieta y se arruina; y el pragmatismo quizá coadyuva a la consolidación de la mujer en la poesía (que hoy como nunca quiere ser integral) revalidándonos la sensación de que el ateísmo se empequeñece junto a una nuca rellena y de que el gobierno del pueblo por el pueblo no puede citarse frente a unos lindos tobillos. El pensamiento, en su fracaso, es sostenido alegóricamente por los cinco sentidos corporales.

Recordamos con placer misericordioso el tiempo en que buscábamos la verdad con el mismo espíritu simple con que un chicuelo, a hurtadillas, indaga el jarabe y las confituras. Y es un recuerdo de más sávida huella el del anochecer lluvioso en que, por el bosque salpicado de luciérnagas, oprimíamos un codo en que se articulaban un flexible calor y un raso persistente. De la diversidad de recuerdos se deduce que es más

humano preferir, para encerrarlo en estancias métricas, el del codo que jugaba entre nuestros dedos.

En una aldea potosina, que se empieza a desvanecer, me llamaron a completar el jurado que calificaba a las niñas de la escuela parroquial. Un vicario muy joven, clérigo ejemplar, preguntaba a las pequeñas por Adán, por Abel, por Noé... A mi derecha quedó sentada Teresa, con sus veinticinco años, con su presunción inocente de gran heredera y, sobre todo, con sus desmedidos ojos, como piedras lúbricas indecisas entre lo verde y lo azul. La asignatura grata al vicario anonadábase al margen de Teresa, porque en las piedras lúbricas de sus ojos hubiera visto Noé las uvas que lo perdieron, y Abel la torva llama de su verdugo, y Adán la piel de la serpiente.

El lenguaje literario de hoy no se casa con la popularidad. Juan Ramón Jiménez ha escrito estas palabras singulares: «el ruido del mar en el teléfono». ¿Existe algo menos popular que la facultad de emocionarse al oír el ruido del mar en el teléfono? El roce de las ideas, el contacto con una vitrina de las piecillas desmontadas de un reloj, los pasos perdidos de la conciencia, el caer de un guante en un pozo metafísico, el esfuerzo de la burbuja, el filamento sanguíneo en una conjuntiva, el vagido de la hormiga que acaba de nacer, el aleteo de una imagen por los ámbitos de la fantasía, el sobresalto de las manecillas al ir a ayuntarse sobre las XII, la angustia del pabilo cuando va a gastarse el último gramo de cera, la disgregación del azúcar, el júbilo de las vajillas, el rubor de las sábanas de Desdémona antes de que se vierta su sangre, el recelo de las patas del conejo y de las pezuñas del venado, la pesadumbre del azogue, la espuma veleidosa, la balanza con escrúpulos, la queja repentina de los armarios y el aleluya sincopado de la brisa, no suenan bastante para ganar un plebiscito.

Los que se consagran a tales episodios minuciosos, escudriñando la majestad de lo mínimo, oyendo lo inaudito y expresando la médula de lo inefable, son seres desprestigiados. Su desprestigio sólo podría compararse con el de un médico que, en una llanada en que se descornasen búfalos, atendiera las luxaciones de los mosquitos. La falta de vigor de ese médico estaría patente a los moradores del país.

Consideremos la suerte de Anatole France si lanzase su candidatura en oposición a la de cualquier plumista, español o americano, autor de una novela pornográfica por mes. France es el padre de Coignard, de Bonnard, de Bergeret... France ha consumado *Le Lys rouge*, es decir, un milagro de estilo, una pujanza ideológica, una sobriedad de factura, una sensación selecta, inaccesible a los humanos. France es la literatura francesa con un coeficiente que jamás había alcanzado. Siendo todo esto, France sería apenas falta de vigor para los electores. Llegaría a las urnas como un anémico, incapaz de contender con Felipe Trigo o con don Vicente Blasco Ibáñez.

Pero los que se alarman ante lo que ellos llaman la lírica débil pueden dormir a pierna suelta. Mientras el mundo sea mundo, el cuarterón de las vocales privará sobre los herméticos recreos, y el deleite de unir la *b* con la *a* superará a las recónditas orgías en que se dilapida una incoercible y fastuosa vid.

Vida Moderna, México, 31 de agosto de 1916

Malos réprobos y peores bienaventurados



Peste, Hambre y Guerra... En el trisagio, palabras suplicatorias; en la provincia, calamidades que van dejando huérfanas a mis amigas. Las malas noticias han ido llegando, sucesivas y trágicas, como el desprendimiento de las hojas en la última semana de septiembre. Huérfana la sal, es decir, aquella blanca, de cuerpo valiente y voz miedosa; huérfana la miel, es decir, aquella rubia, hija del Administrador de Rentas, muñeca nimia que departía conmigo cuando paseábamos por las huertas, en el síncope de la luz, bajo las ramas agobiadas de frutas y entre las campanadas agónicas, y que después me escribió una carta, con la letra romboidal de las alumnas del Sagrado Corazón; huérfana la cera, es decir, aquella paliducha que recortaba en papel de China mantelillos y servilletas; huérfana la granada, es decir, aquella encendida que, en una trascendencia a la vez poética e industrial, olía siempre a jabón de Reuter...

Ante la orfandad de la granada, de la cera, de la miel y de la sal, mi apetito se desarma, siquiera sea perentoriamente, y mis codicias más urgentes podrían desfilar sin que cesase la casta invasión. Remotas lágrimas expurgan mi deseo, y un dolor al que no asisto vuelve insípidas las más picantes venustidades. Todavía la desgracia ajena aniquila el ardor propio. Me abandono a la parvada luctuosa que, sobre sus alas de virginidad y de tortura, me repatria al paisaje inocente. Soy una malicia inerme que viaja sobre un plumaje mártir, por un firmamento de fe, hacia un panorama sin mancilla.

Los agnósticos al uso, los prácticos banales, los que Molière llamaba pequeños impertinentes, hallarán risible esta derrota de la lujuria por el sufrimiento. Yo la hallo, sencillamente, melancólica. Anhelamos un placer incesante y nuestra voluntad claudica. En la incongruencia humana, la virtud degenera con los asomos del vicio y éste se reseca con el hálito de aquella. Cuando doña Elvira se aparece a Don Juan a excitarlo a arrepentimiento, el burlador comenta: «Ella ignora que mientras me habla de los suplicios eternos, yo descubro una seducción imprevista y un agrado nuevo en su aire lánguido, en su vestido despreocupado y en su llanto, que resucitan en mí el fuego extinguido». ¿Cuál de nuestros espíritus fuertes es capaz de semejante impenitencia? ¿Cuál de ellos, imitando a Baudelaire, llamará cortesana incompleta a la que en su primera noche de cementerio no sabe provocar el celo de los muertos? Confesémoslo: todas nuestras obras, las buenas y las malas, son miserables. La moda, que ha inventado las capillas como calabazates y las masonerías como pantomimas, es el hazmerreír de San Pedro y de Belcebú. Muerta la edad heroica a manos de los enciclopedistas, hoy las gentes apenas se salvan y apenas se condenan. El infierno echa de menos a los grandes réprobos y el paraíso suspira por los ilustres bienaventurados. Un contemporáneo del presidente Wilson (ora lea *Los misterios de Nueva York*, ora deje de leerlos) llegado al cielo hará que los justos se aparten de su insignificancia; y llegado al infierno, su inanidad le valdrá el desprecio de los pecadores indeficientes, que verán en él el desdoro de su libertinaje. Si rezamos a la moda, en una capilla de moda, guiados por un sacerdote de moda, justo es que nos salvemos fortuitamente. Y si nuestro pecado no contraviene los reglamentos de policía y, en consecuencia, no mete en actividad al gendarme 2748, se explica que nos condenemos por casualidad. ¿Puede aspirar a otro destino una generación menguada y tibia? Leconte de Lisle puso en verso las ridículas bondades, y si publicásemos nuestra confesión sólo constarían en ella cómicos hurtos, glotonerías de sainete y sucias aberraciones. La maldad del hombre moderno extenderá el fastidio por el valle de Josafat, sin que el fastidio sea óbice al asco; y Belcebú, comprendiendo que en sus dominios no deben caer los que en romance liso y llano son

unos pobres diablos, podría dar un toque de interés al bostezo del Juicio universal solicitando que los réprobos de las últimas centurias no tuviesen otro castigo que la prosa de su pecado. Con ello se lograría que fueran precipitados en el vórtice del crujir de dientes únicamente los que no se cohibieran en él, y nadie haría papelones de afeminado tapándose las orejas y apretando los ojos ante la blasfemia, el llanto y la obscenidad eternos.

Hoy por hoy, quizá nuestra única grandeza moral consiste en la pugna que nos roe las entrañas. Somos polinomios cuyos términos discordes hierven sin tregua. Las potencias del alma y los sentidos corporales se baten y se neutralizan; y cuando triunfan las potencias, su triunfo encierra el sarcasmo de la infidelidad que prevalece sobre la fidelidad. El alma nunca nos es fiel: nos baja su dádiva como un capricho. Los sentidos siempre nos son fieles: ver, oír, oler, gustar y tocar son infinitivos que trotan en torno nuestro como lebreles adictos. Cuando los dispersa una potencia espiritual, sobreviene la desazón que nos causaría una mujer de rango que, al visitarnos, expulsase a los gatos, y a los caballos, y a todas las bestias leales de la casa. La adversidad es la dama despótica que mejor sabe ahuyentar a nuestros brutos.

Si con un afán sincrético, disputásemos sagrada la totalidad de la persona; si integrásemos el misticismo de la vida con la carne; si apartando las papeletas oficiales de lo elevado y de lo rastrero, redujésemos las palpitations más disímiles a una sola palpitation inefable, seríamos entonces tan armoniosos, tan puros y tan resueltos que las lágrimas de la mujer deseada no nos aplacarían. De la misma suerte que un valle lacrimoso no nos apacigua el propósito de poseerla, y justamente la traza de llanto que recibe de la escarcha, de la lluvia o del rocío, nos incita con más agudo estilo.

¿Dejaremos de ser algún día animales incoherentes que se desgastan en alternativas penosas? Yo no lo espero seriamente. Lo prohibido y lo lícito ahogarán en la cuna al infante predestinado a arrebatarse con manos de fuego la cintura de la desgracia, y no descenderá de la nube de los amables desatinos la señora cuya mano, superlativamente espiritual y superlativamente ávida, acaricia el lomo del gato, la anca del corcel y el hocico del perro.

Uno de los episodios para mí más sugestivos de las costumbres campestres es el que realizan con desenfado mimo las señoritas principales al ofrecer en la palma de la mano terrones de azúcar a los belfos de los caballos. Mi simpatía, en un vuelo raudo, se dirige a las desmesuradas llanuras y a las cuadras en que una caritativa doncella, con sombrero de paja y con falda rameada de claveles, soporta los dientes, torpemente comedidos, de un alazán o de un overo, al que da azúcar, con benevolencia y con apaño. Pero reconozco, no sin pesadumbre, que el simbolismo de tal episodio es un desatino más.

Prosigamos en la triste grandeza de la alternativa que nos roe las entrañas y saludemos con rendimiento al cordero y al gallo, ya que carecemos de la castidad del uno, encomiada por la Antigua y la Nueva Ley, y del rijo indefectible del otro, cuya mirada redonda, que se ribetea de una digna púrpura, vislumbra los hombros, acogedores y consoladores, de las huríes.

Vida Moderna, México, 12 de octubre de 1916

La fealdad conquistadora



Cada día la piscina de azulejos de nuestros patios entúrbiase más con la filtración yanqui. El monroísmo, el masonismo, el separatismo y el protestantismo, en su paciencia conquistadora, cuentan, desde las últimas fechas, con un aliado: la fealdad étnica. Si algo étnico hay en los ciudadanos de la risa equina de Mister Wilson, es la fealdad. He conocido [algunos] que constituyen raza en que pugnan medularmente con la gracia y con las gracias.

Tocome, una de estas tardes, la escasa fortuna de ver *Pureza*, la película traída de Nueva York y que, probablemente, ha desarrollado sus ineptitudes ante los ojos de todos mis lectores. Pienso que el autor del argumento de *Pureza* adolecía de meningitis al convertir a Eva en mecanógrafa y al devolver a la virtud paradisiaca a las princesas del petróleo y del jamón. Media en tales descomposiciones un Genio del Mal... inferior al succulento diablo del jamón. Y eso que aquel genio es, de toda la farándula, el único yanqui con sospecha de teatro, que podría ser admitido en las cátedras del Conservatorio. Por lo demás, debemos reconocer que los rubios limpiabotas, con pieles de tigre, disipan el tedio, y que el excentricismo de Caín, soltando la quijada del asno para firmar un cheque, nos alivia de la feroz cronología. En cuanto a los alardes de desnudez de la niña Worth, encarnación de la Castidad, no producirán otros males que el anticipado sabor de los chicuelos, el desprestigio de los tobillos de Maciste, y la bronquitis o el catarro de la ventilada sufragista. Cuyos sitios culminantes, entre paréntesis, desagradan bastante. Y al asistir a sus trancos funestes y su aciago trote, medí el abismo que aparta a las densas hermosuras cotizables, de la Venus prístina, revelada en el hexámetro virgiliano en tres vocablos intraducibles, que yo traduciría: «La diosa se manifestó por su marcha».

Guarda la explotación de la desnudez una consonancia natural con un país de evangelio y de tocinería. Porque aprovecha la decisiva importancia atribuida a los fueros cristianos de la indumentaria y halaga la fibra porcina de las plebes. Sólo un temperamento verdaderamente arcádico, o un congénere del experto Duque de Aumal, son capaces de mirar las secretas evidencias femeninas con el señorío natural de quien trata de escultura humana por hábito propicio. Por supuesto, los moralistas de la película aparentan querer demostrar la inocencia de la anatomía, como si ignoráramos el propósito fenicio que los impulsa a marear a las multitudes, vilmente interesables.

Nos ayankamos a gran prisa, bajo la acción de lo feo. Las señoritas que tripulan, masculinamente, la bicicleta; las feministas que riñen y se acusan de estar en connivencia con los hombres para retardar la emancipación de las Furias; los bailes tejanos... todo acusa que la Patria pierde su ritmo esencial, su cuerda privativa.

La Patria, concebida ya no como un mapa ni como una mitología vandálica, sino como la cesta de frutos efectivos que recogemos de la tierra adicta, se halla amenazada por la invasión de lo burocrático y de lo gris. Trenzas idílicas, cuyos moños negros adoró nuestra infancia; calles del Interior; pomposas reliquias de virreynatos en la metrópoli; vides que nutren a las bacantes criollas; matiz de las costumbres; sellos del

alma; gesto del territorio; pulso de las aguas... esto es lo que soporta un riesgo de exterminio. Veríamos, en cambio, un auge de pugilismo, de pugiliato, mejor.

Ya he dicho, por ello, que la piscina de azulejos de nuestros patios se va enturbiando con filtraciones alienígenas. El gran criadero en que los almirantes que hundan cáscaras de nuez son honrados como novísimos Temístocles, sopla sobre la simiente de nuestra nacionalidad. ¿Hay quien quiera defender, con una defensa estética, la rosa que se prenden al pecho las mexicanas?

Revista de Revistas, México, 28 de enero de 1917

La Avenida Madero

▽△

Plateros... San Francisco... Madero... Nombres varios para el caudal único, para el pulso único de la ciudad. No hay una de las veinticuatro horas en que la Avenida no conozca mi pisada. Le soy adicto, a sabiendas de su carácter utilitario, porque racionalmente no podemos separarla de las engañosas cortesanas que la fatigan en carretela, abatiendo, con los tobillos cruzados, la virtud de los comerciantes del Bajío, accidentalmente en ésta por exigencias de El Fiel Contraste, La Fantasía o El Ancla de Oro. Loemos la eficacia de estas carretelas que, evocadas por el nostálgico traficante de tabacos, rebozos o piloncillo, son un bálsamo para las contribuciones subidas, los pagarés y los saqueos. No quiero hablar del caso en que los tobillos arrogantes, admirados de buena fe por el Jockey Club, La Esmeralda o Mercaderes, hayan menoscabado la salud de Celaya o de León. El triste señor Aranda o Anaya o Almanza comprendería entonces, al regresar con sus carros de mercancías, la justicia en que abundaba Platón al decir que el primero de los bienes es la felicidad corporal.

Tratándose de entusiasmos cívicos, cuando vine a México a radicarme, yo tenía ya la ropa tendida a secar. Por ello he sido un observador suficiente de las congestiones políticas, menos cuando en la banqueta del Cine Palacio, al consumarse el Cuartelazo, me robaron mi reloj unos energúmenos que vitoreaban a la Ciudadela. Mis sentimientos antimilitaristas alcanzaron la forma del rencor de bolsillo con aquella sustracción, que no he podido reparar, no ya con un reloj de pulsera, de geometría arbitraria, de los que ama Rebolledo, pero ni con un inesperado Ingersoll.

En un café situado frente a San Felipe conocí al autor de *Lascas*. Al soberano citareda que, como observaba Rafael López, días atrás, versificaba gloriosamente cuando aún regía la canalla. Estuvo magnífico, grandilocuente e insolente. Nos recitó, entre otras obras suyas, un romance a Cleopatra, de tal calidad que parecía desprenderse de la boca misma de Apolo. Nadie me ha deslumbrado, en su trato personal, como aquel hombre.

Recuerdo la tempestad que se alzó en la Cámara de Diputados con la declaración de un orador de que la Avenida era el vicio ambulante. No flota en ella, ciertamente, olor a santidad; pero tampoco escasean los honestos vehículos. Acuden matrimonios en que *él* y *ella* son ruinas fisiológicas, mas sin ninguna sospecha civil ni canónica. Acuden familias de riqueza intempestiva y de indumentaria chillante, mas sin portillo moral.

Acuden los vestigios de nuestra llamada aristocracia, fieramente colonial y erizada de ayunos y de abstinencias. Acudes tarde por tarde, vara de nardos, tú, lucero de la Avenida, dueña de *landau*, de patronímicos rancios y de tedio crónico. Acudes a la angostura del paseo a demandar inútilmente de los cordones de lechuguinos un estímulo vital. Te sabes de memoria todos los tramos (Gante-Bolívar... Motolinía-Isabel la Católica...) sin que te consuele la mímica de Fradiávolo y sin que te rejuvenezca la ñoñez de Fifi.

Estas muchachitas, que para atravesar de una a otra acera se cogen de la mano y construyen así la tímida cadena (a la una, a las dos, a las tres), temen a los automóviles fundamentalmente. Manuel Othón juzgaba que los automóviles andan en calcetines. Además, estas muchachitas que ensayan a la una, a las dos, a las tres, apretando en el puño la medalla de María Auxiliadora, carecen del sentido de la circulación porque sus pies y sus ojos conservan la beatitud de las celebraciones caseras en el terruño, cuando las cuitadas, en un foro deleznable, eran las heroínas del cuadro plástico, y encarnaban a las Siete Virtudes, con estrellas de latón en la frente, y corona de lentejuelas patéticas, y túnicas de éter, mientras que la precaria escena tornábase multicolora por la profusión de bengalas inverosímiles. A mí no me es lícito reírme de las doncellitas que se precaven del tráfico, porque allá, en tiempos, suspiré a hurtadillas por alguna humildad y mojé la almohada en vasallaje a María de Lourdes Valdés, quiero decir, a la Paciencia. Ahora, ¡Dios mío!, «ya no hay princesa que esperar»...

En cambio, existe derecho, existe obligación de divertirse con los cocheros a quienes se les dispara la librea. Automedontes trogloditas que nuestros hombres de pro exhiben, para lustre del dudoso blasón, con sombrero hereditario, escarapela incoherente, casaca de rana y calzón celeste. Si el sitio de Troya se repitiese, probablemente no vendría Aquiles a buscar entre nosotros auriga de pelo de alambre.

He comprendido a las sociedades protectoras de animales al asistir a la tragedia de los caballos que, en las fechas lluviosas, azotan contra el barro.

Desde la esquina del Salón Rojo he sentido renacer una salvaje piedad en favor de las explotadas bestias que pugnan por incorporarse, y más aún, en favor de los caídos y decaídos corceles que hacen el muerto y, sin brizna de amor propio, abandónanse al látigo de la negra fortuna. Exactamente como un padre pobre que se ha reproducido dieciocho veces. Conocí a un demente que me despertaba a deshora para repetirme: «Plateros fue una *calle*, luego una *rue*, y hoy es una *street*».

No creo lo último.

Pero me inquieta el porvenir al pensar en los letreros en inglés de la Avenida y en el templo protestante que la flanquea.

Pegaso vuela sobre la Avenida.

Sobre el hormiguero, sobre el espejismo de lujo, sobre los trenes del placer, sobre el azoro forastero, mécese *Pegaso*.

Mas, si no lo ayudáis un poco, azotará, alicaído, como cualquier caballejo de coche de sitio.

La guerra

▽△

Mister Wilson, acosado por la necedad de su destino, entró a la guerra el Viernes Santo... Como si se hubiera casado el día de San Luis Gonzaga... Por si no bastara ser personaje de mal gusto, la fatalidad contribuye con sus escarnios al desprestigio estético de señalados magnates... Y, en suma, a nadie se le puede imputar que fallezca en Navidad o que nazca el 31 de diciembre. El Kaiser, que tampoco es favorito de ninguna graciosa estrella, cuenta ya con un adversario digno de él. El protestantismo carnavalesco del Kaiser en pugna con el pazguato y pedestremente pedagógico de Wilson.

En los ángulos escolares, la esfera terrestre y la celeste son cubiertas con fundas, extrañas a la cosmografía, para que Orion no se empolve y para que las moscas no empañen los reverberos de África. Hace venticinco años, una angustia latente me poseía, ante las fundas de la Tierra y del Cielo. Mis maestras y mis maestros ignoraban que al defender de la intemperie las nebulosas hemisféricas y el hemisférico mar, infligíanme una desazón como una derrota, una desazón comparable sólo a la que habría experimentado si me hubiera tocado asistir al momento en que Tartufo tapó el pecho de Dorina.

El Kaiser -se ha dicho- pelea por librar de moscas y de polvo los hemisferios de la moral. Contra las culturas que se califican de decadentes, el Kaiser lleva el secreto de Dios para la modestia y la salud de la Creación. El Kaiser, en su impedimenta, guarda la funda para la Tierra y para el Cielo. La obra de los siete días ganará el aspecto de un globo cautivo, con funda de lona. No más barbarie moscovita, no más venalidad de Inglaterra, no más anticlericalismo francés. Regularidad mecánica, sensatez en la tribuna y en el lecho, disciplina en la conciencia y en el cinematógrafo. ¡Ah, Dorina, pretenden cubrirte el pecho... para enamorar a tu ama!

Mas suponiendo sincero al padre del Kronprinz, con todos sus políticos y pensadores, es innegable que la tendencia alemana al orden implica un movimiento, no muy sagaz, contra la migaja de bienestar de los humanos. Inténtase sustituir una desgracia varia con una desgracia monótona. Constituir para los intereses morales, intelectuales y materiales una Compañía de Seguros en que la Fe misma, que traslada los montes e incendia el caos, se reparta en acciones al portador. Si muchos no quieren ser accionistas, es porque les gusta *vivir su vida*. No negamos las ventajas de organizar el sacerdocio en superintendencias, pero ello se nos antoja demasiada vía férrea.

Pocas horas atrás, un senador electo quedó sentado cerca de mí en el teatro. La primera actriz lucía los brazos desnudos. Tal desnudez interesó vivamente al senador electo, que clavó sus gemelos en la actriz y los mantuvo clavados hasta que cayó el telón... ¡Cincuenta minutos! ¡Oh feliz y estulto candor! Dentro de la filosofía alemana ¿cómo se juzgaría al senador electo? A mí me colmó de dicha la obstinación de sus gemelos. Y estos míseros y deleznales motivos de dicha, los únicos a que

racionalmente podemos aspirar, se borrarían con el triunfo de las muy serias y muy trascendentales y muy tiasas armas de Guillermo II.

Por fortuna, éste, con todo y sus frenos para la ética, no se aproxima a Luis XI. Y más aún, los artilleros de Verdun han insinuado al Kronprinz la duda de que el planeta sublunar valga la pena de ser reformado. Los artilleros de Verdun, escasamente universitarios, nos han librado del tedio de la cerveza salmista. Los hombres, amasados con lodo y con sangre, no se resignan a perder su instinto multánime, en obsequio a los deicidas que tienen un pie en la opereta y el otro en los infiernos. De la sangre y del lodo nos consolamos con el ánima multánime, con la disparidad, con el chasco, con el azar. Si con un freno o con una funda nos quitaran el numen divergente, la inspirada alternativa, nos apagarían la chispa de júbilo que nos distrae. ¿Hasta dónde alcanzaría la desolación del planeta si la carne humana fuese ración en vez de individualidad? Quienes sueñan todavía en convertir la Tierra y el Cielo en esferas inmunes, relativamente perfectas y relativamente hieráticas, de seguro no han sentido batir sobre su frente las alas salvadoras de lo fortuito, de lo libérrimo, de lo personal.

Pegaso, México, 12 de abril de 1917

Melodía criolla

▽△

La llegada de Manuel M. Ponce me incita a retocar un tema que alguna vez he apuntado: el criollismo de nuestro arte.

No somos ni hispanos ni aborígenes, pese a los que se llaman tradicionalistas o progresistas. Aquello de: «en indio ser mi vanidad se funda», hállase tan desacreditado como la ingenuidad metafórica de los «cachorros de España». En consecuencia, los vagidos populares del arte, y aun el arte formal, cuando se anima de una pretensión nacionalista, deben contener no lo cobrizo ni lo rubio, sino este café con leche que nos tiñe. Afortunadamente, tal convicción se va extendiendo de día en día entre los que trabajan con mayor seriedad.

La música sabe que ése es su camino. Los más decorosos compositores que han laborado para la multitud han sorteado lo peninsular y lo indígena, para permanecer criollos. Así Rosas; así Abundio Martínez; así Villalpando que con su marcha ha trastornado a la mitad de los mexicanos; así Campodónico, con su *Club verde*; así Alberto M. Alvarado; así el rapsoda jalapeño Garrido, autor de *Cuando escuches este vals*; así cuantos han sido capaces de acertar con la vibración genuina.

La música y la letra de las canciones típicas nos olean la cabeza como un relente que viene de los prados de ayer, a beneficiarnos en la desazón ciudadana. No nos cerremos - neciamente orgullosos- a la melodía nativa. Hagámonos como niños, según la sacra sentencia; que el relente que nos busca (proceda de un punto del Atlántico o del Pacífico, o del riñón de los Andes, o de la Mesa Central) pueda persuadirnos con su ideología primaria y con la impericia de su susurro. Como aquella historieta. «Para conseguir amor de una molinera hermosa, fue al molino un pescador, y a su puerta suplicó, más ella se burló de él, diciéndole: no te aflijas tú por mi amor, no puede ser

que pretendas tú mi querer... Mas el tiempo transcurrió, y la molinera cruel, vieja y sola se quedó, sin belleza ni doncel. Al antiguo pescador quiso entonces conquistar, más él repitió el cantar: No te aflijas tú por mi amor; no puede ser que pretendas tú mi querer ni mi amor». Semejante trova, glosada con los rasgueos de una guitarra no muy enciclopédica, no deleitará a los asiduos del Arbeu; pero vale de receta contra la anemia y la hipocondría. Yo lo fío.

Sería ilícito prescindir aquí de una mención, siquiera, de los «gallos». La licencia para un «gallo» consíguese previamente, a no ser que, por lo avanzado de la noche, la iniciativa urja; o que el Presidente Municipal o Jefe Político vaya a figurar en la zambra. En este último caso, el desahogado funcionario (de autoridad divina o plebiscitaria, según cuadre a los principios del lector) firmará, sobre la marcha y sobre las piedras del arroyo, la licencia. Cada uno de los de la partida conducirá la lega orquesta al umbral de su pastora. Y cuando los legos de la orquesta hayan cesado en su traspies acústico, temblará la voz báquica del interesado: «Quiero llorar y lágrimas no tengo...». Nota importante: del zaguán que recibe tamaños honores suele salir, intempestivo, algún patriarca o mancebo a quien no agrada cumplidamente que se arrulle el sueño de su familia. Y Orion y la Osa Mayor miran originarse, de la reyerta espinosa, cuestiones de derecho civil, penal y administrativo, y casos de conciencia para los teólogos de aquellas latitudes.

Mas ni el alzacuello ni el gorro frigio estorban que se siga cantando, por boca del gallo, de ganso o de tórtola. Predomina la tonada de infortunio. El sonoreense Silvestre Rodríguez compone *Suspiros y lágrimas*. Siempre «la vieja lágrima». Los ejemplos abundan: «Te vas y en la mar te alejas, sobre los riscos de blanca espuma que dora el sol... Mañana, bajo otro cielo, bajo otro sol, verás perderse la tierra donde llorando me quedo yo». «Sobre tus alas trémulas lleva mi pensamiento; dame a beber tus lágrimas, dame a aspirar tu aliento». «Adiós, ángel de amor, mi bien, encanto de mi vida, se va tu trovador para jamás volver...». «Vertiendo amargas y sentidas lágrimas paso las horas de mi vida aquí, porque no estoy en los terrenos áridos del triste valle donde yo nací». «Yo vivo sollozando, porque el destino quiera que lejos de tu lado me vaya a consumir; y aunque se rompa el pecho y el corazón se muera, mandato del destino, se tiene que cumplir». «Los que llorar sabemos, los seres sin ventura, amamos del otoño la augusta soledad; así queda nuestra alma, después de la amargura, sin dicha y sin placeres, hundida en el pesar».

No son estas canciones de Ronsard. Ni requiérese harta ciencia para declararlo. En cambio, se necesita un corazón vigilante para no olvidar que esa lánguida atmósfera nos nutrió y que ese pesimismo acompasado mecía, en la heredad, los festones de la hiedra.

Circa 1917

Enrique Fernández Ledesma

▽△

Parcial, como juicio dictado por la fraternidad, puede ser éste. Mas cualquiera exageración en que yo incurra en esta vez se derivará del mérito de Fernández Ledesma. ¿Necesitaré jurarlo, como en un idilio caballeresco, o siquiera rendir una protesta de las

que puso en boga el prosaísmo liberal? A lo primero, se oponen centurias bien corridas; a lo segundo, el derrumbe de la estética protocolaria que ejercitaron aquellas recomendables personas encariñadas con el federalismo.

Tiempo ha que creo que la supremacía de la lírica castellana reside en México. Verdad que el gran renombre de Marquina y, mejor aún, el máximo Lugones, se enfrentan con el que más valga de los nuestros. Pero no hablo de personalidades sino del caudal poético de cada nación. Y el caudal mexicano, por su ímpetu, por su volumen y por su calidad, parece que no admite par.

De este caudal es una onda Enrique Fernández Ledesma. Nacido en Pinos, cabecera de Zacatecas, y salido de su lugar de origen a los diez años, ha vivido en diversas provincias. Viene a la capital de tiempo en tiempo, como si se descamase; y mientras se demora aquí, se complace en subrayar sus ineptitudes de forastero. Se disculpa si mira a una mesera con abundante solicitud, y pide perdón si se retarda en desentrañar una malicia. Treinta años, nariz de largueza y talla de avaricia. Es hombre de sociedad, optimista, comodino, creyente en el fondo, de pasiones equilibradas. Pertenece al número feliz de los que no rompen el timón ni pierden la brújula. Su obra artística mantiene con su persona una concordancia, en lo sustancial y en lo externo, que no se ve frecuentemente. Tal concordancia, que nunca falla, hace de él una materia de estudio de las menos difíciles.

Sus versos, con un equilibrio igual al de su persona, jamás se oyen como una detonación. Supongamos que mira a una enlutada. ¿Quién podría mirar a una enlutada sin incurrir en violencia? ¿Quién, oh deidad de lúgubres arreos? ¿Quién podrá ser dueño de su ritmo interior en tu presencia, si vas vestida de muerte y si en el filo de tu rostro la vida relampaguea? ¿Quién, decís? Enrique. Él dirá no más:

Este luto que llevas este día
cálido de verano,
es un deleite para mis sentidos
y un tónico descanso
para mis ojos...

En sus momentos más álgidos se expresa como lo manda el buen tono; pugna, no ya con lo atrabiliario, sino con lo desmedido. Se juzga a sí mismo, y lo repite siempre que llega la ocasión, un optimista con ráfagas de pesimismo. Yo dudo de tales ráfagas. Al minuto de asistir a la agonía de un familiar, da gracias por el dolor. Al día siguiente de un desastre sentimental, impreca al cielo para que cuide de la amada venidera. Sus hábitos sociales le han sido benéficos, porque le han conservado, y quizá fomentado, su quietud de alma y su continencia de lenguaje. Sin el correctivo del trato humano (que tiende a borrar las aristas del individuo), mi camarada tal vez escribiría con estallidos y turbulencias, y yo no creo que tal sea su vocación. Su verdadera vocación, para mí, es ese arte circunspecto, urbano, que tan bien practica.

Ha descubierto su técnica. ¡Cuánto la buscó! ¡Cuánto la buscamos! Si quien lee hoy poemas nuestros en un decir Jesús supiera el sacrificio de aquellos años de 1903, 4, 5, 6, y de los que siguieron. Tropezábamos, digo mal, topábamos como ratonzuelos contra volúmenes de todos los autores, muertos o vivientes. Hasta dimos en la flor de preocuparnos por la infecunda tarea de esos académicos acartonados que huronean por anaqueles y anaqueles, juzgando que crear equivale a sobar menguadamente la herencia de los siglos. No atinábamos con el metal de nuestra propia voz. Nos dolía no conciliar los intereses dispersos de la conciencia. No conocíamos aún la sentencia de Montaigne: El hombre es, en todo y por todo, remiendo y mescolanza. El estrambótico disturbio íntimo no nos impedía alimentar odios gratuitos y admiraciones sin freno. Cuando Othón llegaba de San Luis con su cabeza al rape y embutida en los hombros, contemplábamos su marcha sobrecogidos, como párvulos ante una fiera suelta.

Fernández Ledesma ha hallado su fórmula vital y su procedimiento. Procedimiento de exactitud, de elegancia y de limpidez, cuya aparición en la década que va cumpliéndose constituye un fenómeno capital. Procedimiento privativo de nuestras letras, y que ya comienza a ser seguido por algunos.

Muchos de los temas de mi colega son temas mexicanos. Y aquí es preciso acentuar otro fenómeno: el del descubrimiento de lo mexicano decoroso, descubrimiento realizado por el arte musical, pictórico y literario. Me contraeré a este último.

Hasta hace poco, los asuntos nacionales habían sido la contumelia más estridente. Lo inicuo. Por ventura, se ha logrado relajar esa superchería que aletargaba, y aletarga aún, la producción. El hecho próspero consiste en que se ha conquistado el decoro de los temas con el hallazgo de lo que yo llamaría el *criollismo*. No lo criollo de hamaca, de siesta tropical... Eso queda en devaneo. No; trátase de lo criollo neto, expresión absurda étnicamente, pero adecuada para contener el sentido artístico de la cuestión que someramente voy fijando, como un prendido de alfileres. Trátase de lo que no cabe ni en lo hispano ficticio ni en lo aborigen de pega. Trátase de lo criollo neto: las calles por cuyo arroyo se propaga la hierba; las canales, vastas y bastas, que descuelgan sobre la pared su mancha vertical de lluvias; las Martínez, que no por sus trenzas rubias, dejan de caminar maquinalmente, como muñecas, al sonar la oración; las Ortigozas, que no por sus trenzas negras, abandonan su paso de juguetes, comprobando que los niños vienen de París como caballitos de cuerda; el párroco que no pasó del abate de Gaume, el juez de primera instancia, que no pasó de los epigramas contra don Manuel Miramón; el gendarme, que rebaja con agua el petróleo de los mecheros; las anilinas de la botica que irradian rojas y verdes y enorgullecen a los paseantes nocturnos de la plaza... Todo este automatismo moral y material de los Estados. De la capital que hable Lázaro P. Feel, si un chubasco no lo retiene en el apiñamiento de Mercaderes y en su pazguata tolerancia.

El éxito depende de espumar los asuntos. Enrique los espuma. Su próximo libro satisfará, entre otras necesidades, la de enseñar el desarrollo de lo mexicano, no como curiosidad que se compra por los excursionistas de Texas, sino como médula graciosa del país.

Étnicamente, su libro denotará una engañosa bondad. Engañosa sólo porque en el libro es constante y en el hombre no. El libro es excepcionalmente sano: diríase que su autor tiene dieciocho años, si en tal edad se alcanzara la maestría.

Por lo demás, cuando Fernández Ledesma deja de ser tan bueno como sus páginas, es en puntillos de epidermis. En lo fundamental, arduo sería buscar hombre más generoso. Considera la vida sin rencor (él mismo lo ha dicho). No siente lo cruel ni lo maligno. Jamás ha meditado en el cuerpo famélico ni en la pordiosería del alma. Carece del temperamento de un maniqueo para pesar la trascendencia del mal. Esta idiosincrasia, un tanto de neófito, circunscribe su actividad interior a un Tedeum, sin riesgo de herejes que lapiden ni de demonios contumaces. Sufre, en consecuencia, lo indecible cuando unos u otros le salen al paso. Pero necesita que unos y otros se manifiesten de bulto, pues él es incapaz de precisar los contornos de los genios maleantes que pueblan el aire y comentan con un estribillo burlesco el afán humano.

Mi amigo, que no ve en la fecundidad un vasallaje sarcástico, una contribución al Minotauro, no verá en su libro un acto de debilidad. No pesará sobre él la tristeza de depositar su volumen como quien deposita a su primogénito en una ara de horror. Seguirá complacido con llevar sobre la frente una corona de juventud, sin presentir las adormideras sobre el cráneo.

Que perdure así, como un celaje engraido en el plenilunio. Su obra, al entrar aliñada y succulenta en las fauces del tiempo, tendrá la energía bastante para proclamar el heroísmo de la forma y del pensamiento asequibles a los mortales. La vil estirpe de Caín saca ventaja en retar al monstruo universal, oponiendo a sus dientes el milagro de la belleza. ¡Hipotético y estéril consuelo! El monstruo, sin reparar siquiera en la vana arrogancia que lo reta, continúa deglutiendo lo más valioso y lo más querido de nuestra labor. Pero acaso, al demandar de nosotros mismos una explicación de la existencia, ¿hemos de ser tan implacables que prescindamos de los consuelos del orden imaginario?

En un trozo elegíaco dice Chénier: «El corazón es el único poeta; el arte no hace más que versos». Algo se ha andado desde que cortaron la cabeza al ardido amante de Fanny. Gracias a un supremo esfuerzo de meditación, el verso se mueve hoy en una autonomía concienzuda, como personaje de carne y hueso, y de un libro actual podría decirse que en sus páginas se celebra un concilio, en el que cada renglón es un primate. Cada uno de los versos de Fernández Ledesma es un poeta tan esmerado como el corazón en que fue concebido.

Vida Moderna, México, 31 de agosto de 1916

La corona y el cetro de Lugones

▽△

Lázaro P. Feel acaba de comentar la decisión de un jurado que quiso instituir a Marquina sucesor de Rubén Darío. Según Feel, no están al cabo del acierto quienes juzgan que se hereda el sitio de la lírica. El cronista de *Revista de Revistas* contradice, de paso, la opinión de que en nuestra historia literaria se extiende una laguna desde Sor Juana hasta Gutiérrez Nájera, a quien tanto debemos y a quien amamos más cada día. Yo comparto esa opinión, la he predicado en todos los casos y no quiero, en éste, callar que en el periodo citado no descubro más que lo sandio y lo ripioso.

Abundo en el sentir principal: hay coronas que no se heredan y cetros que no son dinásticos. Confieso que viviendo aún Darío, Leopoldo Lugones se me aparecía, a las vegadas, como el más excelso o el más hondo poeta de habla castellana. Nunca supe cuál de los dos era superior, y para colocarlos armoniosamente dentro de mí, fijaba en el cenit al padre de Eulalia y en un caótico nadir al inconmensurable autor de *El libro fiel*. Pero muerto el hierofante que nos cantó de los pinos, de los pájaros, de las islas, del lobo, de la cena con Margarita, del tiempo terco, de los claros clarines, de la musa de carne y hueso, de Pan bajo las viñas, del Luxemburgo otoñal, de la serpiente de ojos de diamante, del universo, en fin, ¿quién puede compararse, sin pecar de necio, con Lugones? ¿Qué atleta resistirá, al ser confrontado con el gigante Lugones? La soledad de Lugones es la soledad de los obeliscos, para usar la expresión de un singular francés. De Lugones, nuevo Sansón, puede decirse el elogio del versículo de los Jueces: «Creció el niño y lo bendijo el Señor».

Reconozco que el éxito de Darío aventaja en extensión al de Lugones porque éste carece de esa facultad especial del nicaragüense, que tal vez no admite análisis, pero que yo llamaría facultad internacional. Probablemente, cuando la humanidad sea más ducha, el prestigio de los ilustres gemelos cubrirá la misma área. Esto será por las fechas en que el señor abate Jerónimo Coignard alcance el poder representativo de Don Quijote. Un poco tarde, porque los tipos teatrales logran mucho contra los tipos meramente cerebrales.

Y los tipos de Lugones son insólitos, reacios, esotéricos, híspidos. He fomentado el capricho de imaginar el deleite de Góngora si leyese a su continuador y trasegase su esencia, la misma de las *Soledades*, la misma del romance de Angélica y Medoro, la misma de los sonetos (entre otros aquel inolvidable «A una dama blanca vestida de verde»); esencia que destilaba pura entre las manos del racionero de la Catedral de Córdoba y que hoy triunfa, en un apogeo límpido, en la alquitara del gran argentino. Góngora al abrir una senda para los elegidos, en ocasiones se enredaba en su propia sotana: si mirara el desembarazo de sus pósteros, les mandaría, desde el Renacimiento, una sonrisa como una sanción; y si, reanudando su tarea, versificara en el siglo XX, yo temería que los más seguros maestros se desconcertaran y titubearan. Quienes no se desconcertarían un punto serían los bonachones que reparten cédulas académicas y que todavía disertan, con un candor que los enaltece, sobre la buena época de Góngora y sobre la mala. Nuestros catedráticos de literatura nunca insistirán bastante en patentizar la incompetencia y la cobardía de tal distingo.

La reducción de la vida sentimental a ecuaciones psicológicas (reducción intentada por Góngora) ha sido consumada por Lugones. El sistema poético ha se convertido en sistema crítico. Quien sea incapaz de tomarse el pulso a sí mismo, no pasará de borrajear prosas de pampolina y versos de cáscara. Lo evidente y lo explícito se hacen oír con un ceceo cada vez más insufrible, y recordamos a Wilde siempre que un caballero nos reseña, en letras de molde, episodios suyos, «con el escrúpulo de los iliteratos».

Uno de los merecimientos, para mí más dignos de loor, de Lugones, estriba en su lujuria de creador. No pretendo intrigar a los moralistas: aludo a la lujuria del oficio, a la morbidez del estilo, requisito imprescindible para cuantos persigan obra duradera. Lujuria que vale lo que un propósito a la vez minucioso e integral, como el que hay en el remangue de una falda que permite ver un pie encubierto por la lenidad de una media,

y bajo la media una vena serpeando rítmica en una ladera del empeine. Sin este atributo lujurioso, Lugones no habría podido decir:

En estupor trocáronse los duelos...

Ni aquel octosílabo:

Tus lentos ojos de pálida...

Ni esto:

El mar, lleno de urgencia masculina,
bramaba alrededor de tu cintura...

Ni aquellos dos vocablos, casados astutamente y aplicados a su propio corazón en el momento en que, ante una amada virginal, friolenta y moribunda, prorrumpe en misereres la dolorida entraña del gigante:

...tecla herida...

Este género de concupiscencia -lima que pulveriza las hostilidades de la palabra- franquea los interiores más abstrusos de la conciencia, sus trascuartos y sus pasadizos, desmenuza su vibración y sujeta las más inasibles vislumbres de su efímera fisonomía. Guños, parpadeos, esguinces, mohínes... el gesto gradual y total de nuestra compañera recordada en las tinieblas es para nosotros palmario como una estatua a mediodía, y permanente, como su faz. Nuestra emoción es una linterna sorda que horada la cúbica negrura de los aposentos, a deshora. Instante novelesco, de novela centrípeta. Los ojos del gato estallan, a la altura de un sillón. Se decanta la glosa del grillo. Los duendes andan en cabildeos. Hemos perdido la inteligencia del lenguaje usual, y el Diccionario susurra. Accedemos al lecho de la conciencia, y sobre una fuente de aguas fundamentales, un surtidor deprime y encumbra su asta y se encariña con las fluctuaciones de su bandera gaseosa.

Justo es hablar, en plural, de poetas eminentes. Pero Lugones es el poeta sumo. A su lado, todos resultan acólitos. Y si alguien hubiese que con tal apreciación sintiera su prestigio menoscabada, demostraría que su latín no basta a ayudar la misa de Lugones. Él medita con un vigor único: por esa oración mental, que se exagera en un modo de hacer prolijo y pomposo, vence a todos los portaliras para adentro y a todos los portaliras para afuera. A los primeros -por más que calen océanos profundos- los ahorca con una sonda parienta del abismo, para lo cual no existen escondites submarinos. A los segundos -así bruñan y cincelen como favoritos de la Estética- los acogota con dedos espasmódicos, dueños de las plumas del pavo real, del rentintín del oro, de la tersura del nardo y del cabrilleo del sol en el zinc. Quizá la maravilla de este hombre pudiera plantearse así: una médula socrática encerrada en un lujo sin tasa. Él repetiría con

verdad la orgullosa declaración de Banville en las *Odas funambulescas*: «Abrí mis labios encantados y devolví a los hombres de los dioses la púrpura insultada».

Me dolería concluir esta sumaria exposición sin mencionar otra de las virtudes de Lugones: su dinamismo. En un atingente volumen, indica Azorín la idiosincrasia estática de los clásicos y la dinámica de los modernos. Esta virtud se intensifica de tal manera en Lugones, que llega a polarizarse. ¡Qué lejos estamos de los inofensivos ejercicios de los abuelos! Pero si el procedimiento de hoy muerde con acritud, también vivifica, también galvaniza. A su contacto, como al de una varilla imantada en un imán cósmico, las partículas muertas suben con presteza, como las burbujas en una copa, y el esqueleto de los astros difuntos recobra su envoltura lozana, sus vergeles, sus rebaños y sus ríos. Efectuar semejantes reanimaciones sin derrochar fósforo ni sangre (como lo apetecen las personas mansas) sería cómodo y, además, sería el fracaso un poco difícil de la cruenta ley del arte.

Tal vez en un futuro distante (dos o tres siglos) se juzgue superficial nuestra alma y primeriza nuestra expresión, por más que nos resistamos a suponerlo; pero, en cualquier evento, el mejor voto que podemos elevar en pro de esa edad es que nazca en ella un representante como Lugones, sintético y sincrónico.

Vida Moderna, México, 19 de octubre de 1916

Francisco González León

▽△

Una vez más escribo sobre el poeta aristócrata, simple, original y monástico. Ahora, con alguna mayor extensión que antes. Y llevo la pluma por el papel con el fácil deleite con que, en días de colegiatura, nos asomamos al pupitre vecino a mirar las frutas condiscípulas que hurtaban Pedro, Juan o Francisco. («Decid, niño, ¿cómo os llamáis?»).

La simplicidad de González León no es constante, como la de Francis Jammes, sino una simplicidad con paréntesis laberínticos. Es simple por certero y laberíntico por hondo. Su certera simplicidad lo faculta para decir que unas manos «exhalan el aroma de un lápiz acabado de tajar». Y su agudeza de minero lo faculta para ir descubriendo yacimientos de fábula. Es, conjuntamente, la flor a la intemperie y el metal soterrado. Después de esto, importa poco que su versificación, arbitraria con frecuencia, disuene a los oídos de los profesionales y de los legos.

Es también monástico. La juventud licenciosa y fastuosa se ha convertido en una sensible cicatriz que se refugia en el ópalo de la tarde. Vistamos estameñas, porque no somos ya más que cicatrices que conjugan la desesperanza y el desamor. La sustancia de la vida se ha compuesto con un prefijo negativo... Tal parece murmurar, breviario en mano, el dolorido colega, para confusión de gramáticos y psicólogos: «Más que un beso, prefiero una mirada...». Sí, quizá lo declara sinceramente; pero cabe siempre el temor de que la platónica preferencia se explique porque los labios, hoy clericales, de clero regular, hayan, en el siglo, esculpido gratas arcillas, como esculpirá un recental... o

Marco Antonio. (¿Qué hará, en este momento, la conocida de talle azul que me ha hecho pensar a la vez en los becerros y en los triunviros?).

La aristocracia de González León se aplica a cosas nuestras, a cosas patrias. Él ha puesto su alcuernia al servicio de lo mejicano, acaso sin deliberación especial. De cualquier modo, su tarea se suma al esfuerzo del arte criollo, tema en que yo he insistido, en diversas prosas. Quienes alimenten prejuicio verán, en más de una página de este libro, cómo lo típico puede tratarse por un estro linajudo. La inopia no está en los asuntos, sino en la mente de muchos que lo han abordado en el verso, en la novela, en el teatro.

Su originalidad es la verdadera originalidad poética: la de las sensaciones. La razón pura (con la que algunos han querido, en vano, versificar) hállase lejos de su temperamento. En este aspecto, ha sido él más afortunado que otros de celebridad continental que han diputado hacedero, por una lamentable desviación, el verso intelectual. González León nunca se ha desviado, él sabe que la poesía es el pasmo de los cinco sentidos, y para ellos trabaja. La originalidad, en mi concepto, es el sexo mismo del poeta, y, por ello, no puedo dejar de encomiarla cuando la encuentro, neta y pródiga, como en este monje de emociones intermedias. Todas las prensas de todas las latitudes vomitan a todas horas millones de libros, y cuando sobre ese desbordamiento se marca una originalidad igual a la de González León, inclínase uno a disculpar la existencia de los eunucos, de los copleiros con cetro de bufones, que se exponen, desvalidos y vacíos como ceros, a la garra de los monstruos de ayer y de hoy, y a la amenaza latente de los monstruos del porvenir.

1.º de agosto de 1917. Prólogo a *Campanas de la tarde* de Francisco González León, México Moderno, 1922

Poesía y estética [José Juan Tablada]

▽△

No sin gozo, registro aquí el florecimiento cordial y mental a que asistimos. Los picos alfareros de las golondrinas han trabajado. El barro de los nidos se ha puesto a cantar por el sur y por el norte, por levante y por occidente. Escultores de quince años, poetas que aún no pican el Árbol de la Vida, pintores catecúmenos, músicos Gonzagas... todo un bando innúmero que ocupa líneas limítrofes, del arte y de la virginidad. Esta plausible abundancia de pingüinos -entre los cuales apuntan ya cuantiosas promesas-significa, posiblemente, una represalia del espíritu contra la materia. Los millares de aspirantes a la lira vincúlense, por ley recóndita, con la liquidación de los Bancos.

Yo debo confesar que estaba prevenido contra los jóvenes halcones como los llama Rafael López. Pero también he de decir aquí que me han desarmado, convenciéndome de su aptitud apolínea. Es verdad que sigo incrédulo de no pocos mancebos, sin ponderación y sin enmienda, mas en último análisis, me he vuelto partidario de esa hábil adolescencia en que militan, entre otros muchos, José Antonio Muñoz, Martín Gómez Palacio y Carlos Pellicer Cámara. En su compacta legión vibra y sobra el ímpetu y ondean las esperanzas ilesas. Alegrome de poder declarármeles adicto.

Y porque su vocación es elegante, hoy he querido atraer sus ojos sobre una figura en que se encierra una de las más severas aristocracias de nuestra poesía: José Juan Tablada.

De paso en ésta, ha accedido a obsequiarnos prosas y versos, de su cosecha inédita. Si nos envanecemos con tales dádivas, que serán el deleite del público de *Pegaso*, nuestra vanidad se empareja con nuestra gratitud. No sonría, José Juan.

Tablada es para mí, por su cultura, por su temperamento, por su vida, el tipo del literato. Prepara varias obras y editará próximamente, quizá en tierra yanqui, *El bestiario piadoso* (verso y prosa), un *Breviario erótico* (prosa) y un volumen de versos con asuntos de Nueva York.

El día de 1914 en que Jesús Villalpando me llevó a Coyoacán a casa de Tablada, el poeta nos retuvo indefinidamente y nos atendió en su mesa como un gentilhombre. Nos leyó, entre el humo de sus pebeteros orientales, el prólogo y un capítulo de su *Hiroshigué*. Nos recitó en su jardín, en presencia de los sapos y las otras bestias predilectas, los poemas en que los alaba. Nos hizo sentarnos en el umbral de su pagoda. Nos mostró las repetidas cartas autógrafas de Lugones, un retrato de la esposa del Gigante, con dedicatoria para la esposa de Tablada, y cartas de la señora de Lugones. Pinturas, ídolos, rosas votivas, arcones del virreinato... un bello día. Con una nube: un criado japonés avisó en japonés la muerte de unos pájaros japoneses, por brusquedad del clima del Valle. Aquel dolor antípoda no dejó de ensombrecernos. Pero fue momentáneo. Tablada asegura siempre el bienestar de sus huéspedes con fetiches insólitos y preciosos.

La producción del autor del divulgado «Ónix» va en derecha a la estética. Sus disciplinas estéticas son ineludibles, enérgicas, crueles, inhumanas. Por eso la alcurnia de Tablada es una alcurnia esotérica, de horca y cuchillo. Sus palabras, en verso o en prosa, agujonean a los lectores del feudo, entorpecidos en los menesteres de clerecía y de juglaría. Clérigos y juglares han rimado, y es bien que sigan rimando, para que no falte un propicio consonante en la aspereza de los caminos, ni en la puerta de las posadas, ni en el altar. Pero que no trove el señor Ingenieros, porque... no hay para qué.

Pegaso, México, 29 de junio de 1917

La magia de Nervo

▽△

Se me acababa de revelar la magnitud del estro de Samuel Ruiz Cabañas. A la una de la mañana, todavía dentro del gozo de la revelación, regresaba a dormir, cuando un periodista me dijo: «Le voy a dar una noticia que le impresionará mucho: murió Amado Nervo». Contra la previsión del informante, quedé impasible. En ello reconocí la eternidad del muerto, porque vivir o morir es secundario para él, en presencia de la perpetuidad de su obra. Para mí, él es el poeta máximo nuestro, y nadie puede lastimarse si lo digo, pues hablo, más que de otra cosa, de las preferencias del corazón. En aquella hora de que vengo platicando, busqué en el cielo la Lira... No la encontré.

Aún vivía él cuando me tentaba el deseo de formular mi disentimiento de su labor de los últimos años. Me abstuve, empero, por no lastimarlo en su carne mortal. Hoy, si me escucha, me entenderá, viendo en las salvedades de mi individual sentir la honradez de mi alabanza. Filialmente (ya que él, con el Duque, nos inculcó los principios poéticos y nos enseñó los áulicos ademanes del espíritu) me confieso reacto a sus prosas y a sus versos catequistas, alejados de la naturaleza artística y, en ocasiones, en pugna con ella. El propósito de consolar, por máximas de mayor o menor crédito, paréceme extranjero en la estética que se atiene a su propia virtud melódica para aliviar las fatigas y los desamparos adamitas. Creo que de la confusión de estas normas surgieron sus renglones postreros, sin la carne mágica y sin el pecado sideral. «En paz», «El día que me quieras», «Si tú me dices ven», son, ciertamente, egregios poemas, pero en ninguno de ellos se especula. Fulge en ellos la entereza del poeta, sin atrofia de doctrina, sin teoremas que humillen la conducta humana, sin gravidez de locución, sin rodeos a la invencible inquietud. Éste es para mí el Nervo encantador que me sé de memoria, pleno, sobresaltado, místico, abundante de gracia, fiel a sí mismo, de urbanas y ágiles maneras, amartelado con cada creatura y que por la concurrencia de todos los atributos en su mirada, sin velos pudo cumplir el encargo de los poetas, trágicamente sacerdotal, mortalmente funambulesco.

Yo amaba de tal modo a nuestro as de ases, que cuando lo sentí desleírse, dejé su lectura. De tal modo, que me resistí a hablar con él, por guardar su fantasma, y solamente por causa insuperable lo traté, al fin, en una noche del pasado octubre. Una magnética señora, hecha de blanco, de negro y de verde, juntaba las miradas masculinas en su tricromía. Él, monopolizándola, nos privó de ella... Hoy que se han apagado los ojos del adivino, los nuestros, encendidos aún sobre la tierra bruja, le abonan aquel daño.

«Tu dios es muy abstruso; yo prefiero tus labios; dame un beso». Estas palabras de Blanca al teólogo de *Los jardines interiores* resumen el secreto de su categoría de fascinador. Idealismo o realismo son cuestiones accesorias para el verdadero poeta, que no trata de anteponer los atributos a la unidad específica, ni ésta a aquéllos. El filósofo puede descomponer los seres; al poeta no le interesa, en función principal, ni le está permitido, porque su naturaleza es, ante todo, la integridad. La naranja no es, en la lira, positiva ni aristotélica; es, simplemente, naranja. Una sola cosa sabemos: que el mundo es mágico. El Dios mayúsculo, los batallones politeístas de demiurgos y de demonios que pueblan el éter, los santos ángeles custodios, nuestros prójimos y lo que pretendemos gobernar, armonizan el pulso orgiástico del día y de la noche. Vamos de la vigilia al sueño como del deleite de un rubí al encantamiento de una perla. Despiertos, precisamos la cítara; dormidos, remedamos la palpitación nebulosa de las cuerdas. ¿Qué hacemos sino vivir en un donjuanismo trascendental?

Eso hizo Nervo en grado heroico, trenzando con la facultad heliotrópica la potencia nocturnal, y ésa es la clave de su rango. En consecuencia, mi impasibilidad ante su muerte es el polo contrario a la apatía, es la fusión himnica de las energías reverenciales.

Nuestra dicha reside en que el rotundo universo, lejos de ser razonable, cada mañana resucite investido de la radical intriga de esas herméticas que nunca hemos sabido poseer con destreza. Si del misterio nos alimentamos, que se tupa hasta en los episodios que el criterio ramplón juzga averiguados. ¿Por qué nos hechiza un brazo? ¿Por qué

algunos estadistas predicar lo sublime pedestremente? ¿Por qué el pez rojo no se despinta en el agua? Al tomar un baño ruso, asistí, en un atardecer, a uno de estos enigmas, fundamento del sabor de la vida, explicados de antemano por las gentes insulsas. Bajo los focos incandescentes, un caballero sujetaba a un pequeñuelo suyo para obligarlo a recibir la regadera; el niño, aleteando con el brazo libre, lloraba simpáticas desesperaciones; seis bañistas se interrumpieron, para contemplar en una inmovilidad indefinida, el drama de la ranita. Aquellos hombres tenían encima citas galantes, negocios y rosarios, y todo se olvidaba merced a una miniatura de Adán. ¿Cómo el hombrecito gembundo podía parar, con su pie de alfeñique, la codicia, la oración y el placer?

En tal bruma, trivial por sus figuras exteriores, ingente por su médula, respira la poesía moderna, satisfecha de sus sobresaltos sin pausa. Nervo respiró, como pocos, en la deliciosa congoja de confundir todas las nociones de cultura en el esqueleto de lo vital. La cabellera de Leonor, los duelos danzarines, los saraos mortales, la gitana de Praga, la sonoridad del ataúd materno, el sollozo del viento en la torre, el portal y el huerto llovidos, la neurótica enlutada, la estrella de Belén, las hostias perseguidas del mártir, las cornejas en el desván, el crucifijo y la pistola, Luis de Baviera, el alma de las tumbas, las caderas rítmicas de Adela, el edén escondido en los pliegues de la sombra, los misales y los cuatro coroneles de la reina, forman el repertorio del prestidigitador, su repertorio de alucinantes vértebras.

Su seña particular es la coquetería. Embozada, impropia para convertir los bastones en víboras; apta para sacar del tintero lunas bienhechoras. Sus suertes, dinámicas todas, se disimulan en giros dóciles, emanados de la penumbra seminarista y fomentados en la curvatura de la experiencia patética. Uno de sus recursos capitales estriba, justamente, en fingirse imperito. «¿Cómo creer, marquesa, que vuestro afán responda a mi afán?». Aquí se oculta la espada, como bajo el manto de los obispos feudales. Esta marquesa, ante quien él comparece agobiado de ineptitudes, es representativa de las almas que lo leen, marquesas cautivadas por el sortilegio de su peligrosa modestia.

En la técnica y en el fondo, su poder consiste en su maña. Hay númenes que imperan gracias al violento azafrán; él impera porque es el bachiller que conoce la combinación de la caja de caudales.

Vano sería honrarlo por elocuencia. Derrotó a la palabra, ciñéndose a decir lo que nacía de la combustión de sus huesos. Satisfizo el calosfriante deber de erizar los cabellos al roce del rito funámbulo. Jugó los bastos asirios, las copas de Pompeya, las espadas vigilantes del Santo Sepulcro y los oros gandules. Lo honramos por justicia.

Te honramos porque barajaste los cuatro horizontes como las cuatro letras con que se escribe la Vida. Te honramos, oh mago, porque en el ejercicio espeluznante de la belleza necesitamos robustecernos minuto a minuto. Porque la insidia de lo torpe no cesa. Porque la miseria se obstina en degradarnos. Porque al huir del firmamento visible un luminar, los heliotropos de las almas han de exhalarse. Óyenos y fortifícanos.

Amado Nervo y la crítica literaria. «Prosa inicial» de Guillermo Jiménez. «Noticia biográfica» de J. M. González de Mendoza, Andrés Botas, México, s. f. [1919]

José Juan Tablada



Yo, que me senté a la mesa de sus buenos tiempos cocineros, acabo de mirarlo comer un aséptico platillo de chícharos. Luego, con su venia, recogí de los originales que desplegaba en su cuarto de hotel, como un contrabandista sus tesoros, estos apuntes: «¡Sin amargura os cantará el poeta, llevándose la mano a los riñones, ¡oh frutas de mi dieta!».

Uno de estos días, el general Lucio Blanco llamaba a Rafael López «el gato en la leña». Recojo la definición en un estricto sentido para decir que aquí donde hay ese gato, donde Díaz Mirón es el puma y donde González Martínez es el búho, Tablada es el ave del paraíso. Como tal, induce a error a los que lo juzgan personaje de frivolidad y de moda. Porque la química de sus colores y el secreto de su dibujo se esconderán sin remedio a los hojalateros que, con sus pitos de agua, se asoman a la línea de fuego de la poesía.

La misma cosa se ha negado al autor de «Ónix» en la vida y en el arte: cordialidad. Examínenlo con ojos sociales o políticos los que así quieran. Quienes posean conciencia literaria, carecen de derecho para ignorar la emoción que palpita desde la alborada del *Florilegio* hasta *Li-Po*. Verdad que *Al sol y bajo la luna* contiene más de una página de decaimiento; pero también otras culminantes, como aquella, ya divulgada: «Mujeres que pasáis por la Quinta Avenida»... *Un día*... es, simplemente, un libro perfecto, no sólo por su médula vital, sino por la victoria que las modalidades expresivas consiguen sobre la crasa dicción de la ralea. Si los grandes poetas son aquellos que ejecutan el círculo vicioso de la vida, como Campoamor, cuando decía: «Las hijas de las madres que amé tanto, me besan hoy como se besa a un santo», habrá que concluir que Tablada escaló esa categoría, pues ejerce la facultad serpentina de alcanzarse a sí mismo. Entresaco de mis recuerdos un volantín de los que echa a andar cada vez que le viene en gana: «Taumaturgo grano de almizcle, en el teatro de tu aroma el pasado de amor revives». (*Un día*).

Ciertamente, la Poesía es un ropaje; pero, ante todo, es una sustancia. Ora celestes éteres becquerianos, ora tabacos de pecado. La quiebra del Parnaso consistió en pretender suplantar las esencias desiguales de la vida del hombre con una vestidura fermentada. Para los actos trascendentales -sueño, baño o amor-, nos desnudamos. Conviene que el verso se muestre contingente, en parangón exacto de todas las curvas, de todas las fechas: olímpico y piafante a las diez, desgarrado a las once; siempre humano. Tal parece ser la pauta de la última estética libre de los absolutismos de la perfección exterior.

Dentro de semejante inspiración, Tablada experimenta nuevas rutas. Extravagancia, declaran algunos. Es posible. Por lo que a mí toca, me sostengo curioso, oliendo la pólvora sin humo del portalira y haciendo votos porque el tema de la excentricidad no ciegue a los visitantes del laboratorio ni los encolerice. Nada más amargo que tratar a empellones los asuntos del espíritu.

En prosa y en verso ha tenido el estilo espadachín, sin el cual el literato moderno se expone a ser arrollado por las turbas. En verso y en prosa, su numen significa el agua de contra-cólera para los ataques de vulgaridad atmosférica.

Las sustancias de su química pueden perder o salvar a los lectores, según la disposición de alma con que se acerquen. El practicante estulto o bajo perecerá en la belleza explosiva de un hipnotismo de lo cromático, al convencerse de Carolina Otero o de la Pestet, en Florencia.

En nuestra lírica, sus frascos son, acaso, los verdaderos endiablados, y el cerebro que ha suprimido las calaveras en las etiquetas está, de seguro, amasado en rojo, merced a una plétora de claveles.

Loor a la musa de la falda guinda.

Mañana, al caer, conforme a sus propias palabras, «como pesado tabor y al deshojarle al viento el pensamiento como una flor» (*Li-Po*), alzarán el grito de que hemos perdido un poeta de arte eximio, un fruto que nos envidiará la madurez de los cenáculos europeos. Mientras eso ocurre -y ojalá yo no lo contemple-, José Juan Tablada, en plenitud de lira, resiste a lo obtuso y se renueva, por innominado sortilegio, en el estanque de la diplomacia. Acumula, sin cesar, el mineral que se defiende de los óxidos de los siglos; sobre la fábula retentiva en que se basa la inmortalidad, repetirá la sentencia de Paul Fort: «Los Reyes Magos están sepultados en mi jardín».

Marzo de 1920

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo